

La Espera.

Germán Huici Escribano.

La Espera

Capítulo 1: El Forjador.....	2
Capítulo 2: Tragabolas.....	14
Capítulo 3: Trivial.....	22
Capítulo 4: Cambios.....	29
Capítulo 5: <i>Los problemas crecen</i>	36
Capítulo 6: <i>Vértigo</i>	46
Capítulo 7: <i>Little 'tinker</i>	54
Capítulo 8: Rubia Mozart.....	62
Capítulo 9: Airgamboy Nerón.....	70
Capítulo 10: <i>Barrio lejano</i>	77
Capítulo 11: <i>Historia de los satélites atrapados en el tiempo</i>	81
Capítulo 12: Bomarzo.....	88
Capítulo 13: <i>El año que vivimos peligrosamente</i>	94
Capítulo 14: <i>Heroes</i>	98
Capítulo 15: <i>Música nocturna de Madrid</i>	106
Capítulo 16: Vodafone.....	113
Capítulo 17: <i>La espera</i>	115
Capítulo 18:	123
Capítulo 19: <i>Changes</i>	126

El forjador

Julián camina por la calle con paso acelerado. Siempre llega tarde. Día de diario por la mañana, en la calle casi sólo se ven viejos. Ve acercarse la clínica.

Pablo permanece tumbado con los ojos abiertos, las sábanas blancas huelen a limpio y la luz de Madriz llena el cuarto, todo claro, claro y quieto. El ruido del tráfico y la gente que vienen de fuera aumentan la impresión de quietud, de paz, de aislamiento. Una mesa, un armario, un goteo, tres sillas, su mesilla, revistas, un videojuego, la tele, *El Conde de Montecristo*, un juego de póquer con dados, una baraja, un dominó, cuaderno, bolígrafo, el teléfono, un jarrón con flores sobre la mesa que no le gustan, un crucifijo sobre la cabecera de la cama. La luz lo baña todo, creando una ilusión de unidad en su mirada amodorrada. Junto a su cabeza, la aguja del reloj suena pasito a pasito, y es lo único que suena en la habitación. Todo blanco, blanco de las sábanas y las paredes que se bañan de luz y contagian al resto de este pequeño microcosmos. Blanca nada, blanco espíritu. Así pasa la mañana cuando llaman a la puerta.

- Adelante.

Entra Julián, sonriendo.

- Hola.

- Hola. ¿Qué tal?

- Bien, como siempre. ¿Estabas durmiendo?

- Que va, sólo descansaba. No sabes lo que me aburro, ya no sé qué hacer.

- Me imagino. ¿Lees?

- A veces, pero es que me sobran las horas. Paso mucho tiempo solo. Mi madre viene siempre que puede, pero no sé qué es peor, está muy pesada.

- Ya me contaste.

- ¿Te tienes que ir a las 11 hoy también?

- Sí, quería haber llegado antes, pero me quedé dormido y el autobús tardó media hora. Todos los putos días me pasa igual. Me despierto, miro el despertador y veo que es tardísimo. Creo recordar que ha sonado, así que deduzco que todos los días lo apago y sigo durmiendo, aunque no me acuerdo. Entonces me cago en todas las putas leches, pero guardo un atisbo de esperanza; si el autobús no tarda puede que llegue sólo 10 o 15 minutos tarde.

- Muy iluso por tu parte.

- Lo sé; de hecho el autobús siempre tarda puta media hora. Además no exagero, media hora.

- Ese es un buen ejemplo de la decadencia de nuestra generación; por un lado somos víctimas de las crueldades del sistema y por otro somos unos inútiles que ayudamos a nuestro propio fracaso.

- Y yo soy la perla de esa condición. Lo que no entiendo es que: si el autobús pasa a lo sumo cada 40 minutos, por probabilidad dentro del caos, dado que ni él ni yo llevamos un horario fijo, debería yo llegar alguna vez cuando sólo faltase un minuto para que pase. Aunque fuese una vez cada 40 días.

- Una más de las pruebas fehacientes de la falsedad de la estadística.

- Hay tantas...

- Mi preferida es la media de tamaño del pene. Se supone que son 13 centímetros en España. ¿Cómo es eso posible? ¿Cuentan a los animales de compañía en la estadística? ¿Hay un colectivo de personas con penes de 5 centímetros que no se da a conocer? Un pene de 13 es muy pequeño.

- Sí lo es, sí. ¿Ves? esas son el tipo de cosas que ilustran a la perfección mi teoría de la conspiración estadística.

- Esto promete.

- ¿Te la cuento?

- Me harías muy feliz.

- Es sencillo; hay determinadas estadísticas que los estados falsean para que la gente esté más tranquila y equilibrada. Al igual que está prohibido hablar del número de suicidios para evitar dar ideas o ponerlos de moda; hay determinados datos estadísticos que se falsean para controlar a la gente.

- Ejemplos.

- Sin duda una de las estrellas es el tamaño del pene. Todos sabemos lo importante que es psicológicamente para los hombres el tenerla grande, bajando la media se ahorran muchos ciudadanos frustrados, más difíciles de manejar. Otro buen ejemplo sería la falsa teoría de los carriles.

- ¿Falsa teoría de los carriles? Empiezas a asustarme.

- ¿No conoces la falsa teoría de los carriles?

- No conozco la falsa teoría de los carriles.

- ¡Dios mío, no conoce la falsa teoría de los carriles!

- Chst, no lo digas tan alto.

- En realidad es una estupidez. Sencillamente es dar por falsa la teoría de que la sensación de ir siempre en el carril más lento es un efecto psicológico. Hay muchas veces que vas en el carril más lento, resulta evidente, joder, vas más despacio. Bien es verdad que cuando vas en el carril bueno no lo piensas tanto porque el ser humano es más sensible a la desgracia que a la buena fortuna, pero cuando estás jodido por ir en el lento estás viviendo algo real.

- ¿Y donde entra la falsedad estadística?

- Hacer a la gente creer que no existen carriles peores y que lo que pasa es que están perturbados y ven alucinaciones, evita que la gente se cambie de carril, al carril bueno, ahorrando conflictos de tráfico.

- Una teoría brillante, sobre todo teniendo en cuenta que no sabes conducir.

- Claro, por eso no sé conducir, porque no quiero caer en su trampa.

- Pero caes en la trampa del autobús.

- Es un mal menor, por lo menos puedo llevar mis cascos y ver a la gente de cerca mientras escucho música.

- Que bien lo pintas, me apetece ver gente. Me dan ganas de no volver a coger el coche si salgo de aquí.

"Si salgo de aquí"; La frase arrastra un silencio tras de sí. Pablo lo rompe.

- ¿Y no me cuentas nada de tu vida?

- Lo de siempre. Escribiendo reseñas para mis padres y no buscando un trabajo mejor. Yendo a algunas clases. Viendo a los chavales el fin de semana.

- ¿Y Jimena?

- Nada, desde aquel viernes nada. Pero vamos, si pasase algo te lo contaría en seguida, no tendrías que preguntar.

- Qué duras son las mujeres.

- Tócate los huevos. Mira que decir eso tú.

- ¿Qué pasa?

- Berta.

- ¿Qué pasa con Berta?

- Pues no está bien, Pablo. Me pregunta mucho por ti. Y quiere venir a verte pero no sabe qué hacer.

- Que venga. ¿Crees que no me gustaría?

- Ya, muy fácil.

- Mira, si quiere venir que venga, pero no puede andar diciéndote a ti que quiere verme para luego no hacer nada.

- Si ya sé, pero tú podrías ayudar.

- ¿Y qué quieres? ¿Que la llame?

- ¿Por qué no? Si tú también quieres verla y ella no se va a decidir...

- Mira si hay algo que no me apetece es que me compadezcan, paso de hacerle sentir que la necesito. Aunque es lo que busca, que se lo ponga fácil, como siempre.

- Bueno, tan fácil no se lo has puesto. De todas formas lo siento. Es cosa vuestra, pero es que a mí me toca estar en medio.

- Ya... pero es ella la que te mete, no yo. Son cosas entre nosotros. Además, tú disfrutas entrometiéndote.

- Es que me hago ilusiones. Os quiero mucho a los dos y ya sabes lo romántico que soy. Hecho de menos los tiempos en los que erais la pareja de moda y yo vuestro comparsa.

- "Comparsa", me gusta como suena.

- En realidad, creo que me gusta más vivir las historias de los demás que las mías propias. La gente suele estar ansiosa por vivir relaciones intensas, a menudo no se atreven a poner de su parte para que esto ocurra, pero siguen anhelándolo. Creo que yo prefiero mirar, y si tal escuchar, y ayudar a que las cosas marchen. Así me siento fuerte pero no demasiado distante de las relaciones humanas. Y puedo analizar y aprender.

- ¿Te has dado cuenta de la facilidad con la compartimos intimidades últimamente? Parecemos mujeres.

- Yo lo soy de hecho, siempre he dicho que soy una lesbiana con pene.

- Eres un puto loco, de eso no hay duda. Pero insisto, estando aquí he descubierto quienes son mis verdaderos amigos y además siempre estoy hablando con vosotros de sentimientos y traumas infantiles. Supongo que estoy aprendiendo a no perder el tiempo con la gente.

- Y eso es bueno ¿no?

- No lo sé la verdad, estoy cambiando tanto que me supera. Esto sí que es vivir de prisa.

- Pues yo como escritor te envidio. Intimar es lo mejor que hay, se aprende de verdad cómo son las personas. De hecho, no trago a los que sólo hablan de banalidades.

- Ya, incluso los hay que se dedican a comentar la falsedad de las estadísticas.

- Jodidos friquis.

Pablo gira la vista hacia la ventana, aprieta los labios y frunce la cara. Calla. Julián dice:

- De hecho podríamos aprovechar esta etapa estrógena que estás atravesando para hacer un juego.

- ¿Un juego? Sin mariconadas, espero.

- Tranquilo, es un juego que se me acaba de ocurrir. Lo llamaremos *El Forjador*.

- Julián, no voy a vestirme de cuero.

- Que no, "*Forjador*" porque forja amistades.

- Muy bien.

- No seas aguafiestas, va a estar gracioso. Mira, hacemos una ronda de confidencias. Primero uno y luego otro. Así, con el toma y daca, acabaremos contando las vergüenzas más terribles de cada uno.

- ¿Con qué fin?

- A parte de forjar no sé... conocimiento de la miseria humana, ver al otro ponerse en ridículo, tener algo con lo que chantajearme si el día de mañana tienes problemas de dinero...

- Me has convencido, empieza.

- No no, se echa a cara o cruz.

- Una mierda; tú has inventado el juego, tú quieres jugar, tú empiezas.

- Es injusto pero accedo.

- Adelante.

- Vale, hmmm... bueno, empiezo por algo más o menos suave... aun así me da bastante vergüenza...

- Venga.

- Bueno, me gusta mucho como huele la orina.

- Joder, la Virgen. Y a mí eso qué coño me importa.

- Bueno, es una confidencia. Todo comenzó cuando empecé a disfrutar del olor que emanaba cuando iba al baño después de comer espárragos. ¿Sabes a qué olor me refiero?

- Estás como unas maracas, de verdad, no quiero escucharlo.

- La verdad es que en los baños públicos huele fatal porque hay mucha meada mezclada, pero a veces también me gusta como huele la de otra gente. Si estoy en casa de un amigo y una sola persona ha meado y no ha tirado de la cadena, sobre todo si es una chica... me recuerda a cuando le practico a alguna muchacha el sexo oral...

- De verdad ¡Cállate ya! Qué asco, estás enfermo.

Pablo no para de reír mientras se queja.

- Está bien, está bien.

- Vaya mierda de confesión y vaya mierda de juego.

- Te toca.

- Puf, menuda estafa, tu confesión era una mierda.

- Venga.

- La mía es mucho mejor... Mi madre se ha operado las tetas.

- No.

- Como lo oyes.

- Me dijo que eran tuyas.

- Muy gracioso.

- Pero si tu madre está muy bien.

- Claro, por eso está tan bien, porque está obsesionada con su aspecto. Es capaz de gastarse medio millón de pesetas en reafirmarse los pechos.

- ¿Sólo reafirmar? ¿No se ha metido pelotitas?

- Bueno, para que quedara bien le han tenido que poner unos pequeños implantes de silicona, sí.

- Ya, el clásico pack. Reafirmación y un toque de silicona.

- Tan clásico.

- Es tremendo la cantidad de gente que se opera. Claro, como ya nadie cree que tengamos alma, el cuerpo lo es todo...

- Si te digo la verdad a mí no me gusta, pero ella sabrá.

- ... bueno, me vuelve a tocar.

- A ver si superas.

- ¿Has olido las heces de una desconocida?

Risas, Pablo casi no puede hablar:

- Jodido enfermo.

- No, en serio, pero lo de la orina sí es verdad. Ahora veamos. Mi segunda confesión es...

Julián se toma un par de segundos antes de continuar.

- Estoy loco por Jimena.

- Ya lo sabía.

- Ya sé que lo sabías, pero no te lo había dicho, no se lo había dicho a nadie, no había dicho las palabras en voz alta. Estoy enamorado, estoy enamorado de Jimena.

- Pero no va a dejar a Pedro.

- Ya. No tengo esperanzas, o al menos no me creo las esperanzas que tengo. Pero cuando estás solo y encuentras a alguien que te gusta y le gustas... Ya sabes, si encima te dedicas a pensar demasiado... Me resulta muy fácil obsesionarme con cualquier cosa.

- Por eso prefieres mantenerte al margen de las relaciones.

- Es uno de los motivos. Pero es difícil. Es que una buena mujer supone la posibilidad de colmar los deseos de mis tres grandes vicios: la belleza, el sexo y la intimidad. Y claro, en seguida me vuelvo loco.

- Pero no sueles decirlo.

- No, prefiero intentarlo y si veo que no tiene futuro obsesionarme yo solo y sacarle partido.

- Por eso has vuelto a escribir.

- Si, no escribo sobre ella. Pero a la vez todo lo que escribo es por ella, pensando en ella o para no pensar en ella.

- Eres una persona peculiar, sin duda.

- Gracias.

- No sé qué decirte. Me alegro de que me lo hayas dicho.

- No hace falta que digas nada, ya se me pasará.

Julián se levanta y se acerca a la ventana. Queda de espaldas a Pablo que mientras le mira dice:

- Por lo menos así vuelves a escribir.

- Sí. Y creo que para mí eso es lo más importante. Lo único importante.

En la calle, los coches y la gente. Pablo habla:

- Pues antes de ingresar esta última vez probé el jaco.

- ¡¿Qué?! ¡¿Que probaste el qué?!

- La heroína, me fumé un chino.

- ¿Pero qué dices?

- Me toca confesar.

- ¡Te fumaste una plata! ¡Si casi no fumabas tabaco!

- Bueno, me dio por ahí.

- ¡Pobre yonqui! Pero cuéntame, cuéntamelo todo. ¿Cómo es?

- Bueno es... malo, se nota insano. Pero a la vez, es diferente a las demás drogas ¿sabes? Porque no hay excitación, ni ansiedad de ningún tipo. Es como si te tomases un tremendo relajante y todas las necesidades desapareciesen de tu cabeza. Fue menos intenso de lo que me esperaba en realidad, pero más especial, más diferente a todo lo que había probado antes. Me he pasado la vida lamentándome por las cosas que no he hecho porque no he

podido, o porque las he dejado pasar, o porque lo he intentado y no lo he conseguido. Y además, con la enfermedad, empiezo a pensar también en las cosas que quizás no podré hacer. Y durante un rato eso desapareció. Sin ansiedad. Como si matase el dolor que es motor de la vida.

- Vaya... ¿Cómo no me lo habías contado?

- Yo tampoco quería contarle esto a nadie, sólo lo sabe Rafa, que me la consiguió. No sé, he estado muy deprimido. Fue un acto de autodestrucción y a la vez de ansias de vivir una última aventura. Quería que fuese sólo para mí.

- Entiendo. Gracias por compartirlo conmigo.

- No me des las gracias, ha estado bien. Me empieza a gustar el juego.

- Sabía que saldría bien. Yo... Yo no tengo ilusión.

- Como casi nadie.

- Ya, pero yo solía tenerla, tú lo sabes. Empezaba cada proyecto lleno de vida y ahora todo lo que hago me parece mediocre. Y no me quejo, sigo siendo feliz y viviendo; pero sólo a base de carácter, porque ya no creo en nada. Y me preocupa. Hecho de menos ser un entusiasta. Por eso me dedico a enamorarme, a ver si me motiva un poco.

- Deberías escribir *Peter Pan*.

- ¿Verdad que sí? Pero algún cabrón se me adelantó.

- Pues yo tengo miedo. Mucho miedo, estoy aterrorizado. Me muero, me muero demasiado deprisa para asimilarlo y demasiado despacio para no tener conciencia de ello. Y no sé como afrontarlo. Intento tener valor.

- Y lo tienes.

- Sí, pero no es suficiente, nunca es suficiente. Me gustaría no llorar, mirar a la muerte a la cara y poder sonreír. Pero no puedo, y lloro ¿Sabes? A veces no puedo más y lloro. Y yo nunca lloro.

- Bueno, no tiene nada de particular. Hay que desahogarse.

- ¿Para qué coño quiero desahogarme? No es una crisis, no tengo nada que superar, no hay un mañana que compense lo aprendido en la pena que siento hoy. Sólo es ver seguir la batalla entre la enfermedad y mi cuerpo hasta morir. Ser débil un momento no me sirve para nada, quiero ser fuerte todo el rato, porque no me queda mucho rato y es como lo quiero vivir. O al menos eso creo, porque es difícil tener las cosas claras cuando te estás muriendo a los 25 años. Vivimos en un mundo en el que la preparación de las personas ante la muerte brilla por su ausencia, y no te digo si eres joven y tienes una enfermedad de viejo. Nadie te va a decir qué hacer, a nadie le interesa, sólo a los curas y con esos es mejor no hablar. Si vuelve el del hospital juro que le sacudiré en la cara. Si pudiera creer, creería, pero no en los sermones; creería en la vida, en ésta, y a ser posible en otra después que fuese mejor. Pero el que no cree, no cree, es la fe del ateo; que me deja solo en esta cama con mi terror.

La mano de Julián está en la cama sobre la de Pablo mientras éste habla con la mirada perdida al frente. Su voz suena diferente a como es de costumbre, como si fuese un oráculo. Ninguno de los dos llora.

Llaman a la habitación. Los dos jóvenes se separan, Pablo da permiso para que entren. Se abre la puerta y entra una chica con uniforme de la clínica. Es bonita. Se alegra de ver a Pablo, flirtean. Julián observa la escena, es extraño que su amigo siga resultando atractivo a las chicas mientras se deteriora por dentro. Siempre ha gustado a las mujeres y dentro de poco no estará. Ya empieza a echarle de menos. Mira al reloj, llega tarde.

- Se me ha hecho tarde, me voy.

Ocupado con la enfermera, Pablo le dedica una sonrisa desde la cama.

- Hasta luego, vuelve pronto. Y espero que no llegues muy tarde por mi culpa.

- Tranquilo, seguro que el autobús llega puntual.

Ya en la calle Julián espera en la parada. La ciudad sigue bulliciosa y de repente ese bullicio le impresiona, contrasta con el cuarto donde acaba de estar. Toma aire, el día continúa.

Tragabolas

El día está algo nublado. Julián sorbe Coca Cola light de una lata sentado en una silla frente a la cama. Encuentra a Pablo algo más delgado. Después de un ruidoso sorbo dice:

- Hoy, mientras venía hacia aquí, andaba escuchando *As tears go by* de Marianne Faithfull. He pasado junto a un parque y he visto unos niños jugando. Chispeaba y he tenido un momento casi perfecto; porque en la canción dice que llueve y que mira a los niños jugar, y justo ha llegado mi estrofa preferida en la que cuenta que ve a los niños hacer cosas que ella solía hacer, pero que ellos creen que son nuevas.

- Tienes que dejarme música. A ver si mi padre me consigue el ordenador portátil y me pasas discos.

- Claro.

- Pienso mucho en cuando era crío últimamente. Me acuerdo del día en que me regalaron el *Super Mario Bros 3*.

- Todo un evento.

- Y tanto. Cuando salió era el equivalente en mi vida actual a un polvo con Linda Fiorentino, pero tenía que esperar a navidades o a mi cumpleaños para tenerlo. Lo deseaba con todas mis fuerzas: veía el anuncio en la tele en el que un montón de gentes de todas las razas gritaban ¡Mario! ¡Mario!, mientras la cámara se iba alejando hasta que, desde una gran panorámica aérea, podías ver que el grupo de miles de personas formaba la cara del personaje. Entonces, mis padres, nunca sabré por qué, me dijeron que salían a cenar esa noche, pero que antes les acompañase a hacer un recado y que de paso me comprarían un videojuego. Fue cómo si lloviese maná del cielo, nunca me compraban algo tan caro porque sí. No he tenido muchos momentos de felicidad tan plena en toda mi vida como aquel, cuando

volví a casa y puse el juego. Esa noche me vicié hasta que me sangraron los ojos.

Julián sonríe y da otro sorbo antes de responder.

- Es curioso las cosas que nos hacen ilusión de pequeños. Yo nunca fui tan fan de los videojuegos, pero en cambio me volví loco por las tortugas ninja. Aún me atrae el concepto: tortugas adolescentes, mutantes, ninja, comedoras de pizza y con nombres de artistas italianos del Renacimiento; que para más INRI vivían en las alcantarillas de Nueva York. El que juntó todos esos factores guays en un solo producto es claramente un genio, genio del marketing, pero genial al fin y al cabo. Porque, además, cuando juntas cosas tan dispares te suele salir un engendro, como al doctor Frankenstein, en cambio las tortugas tenían cierta coherencia, estilo incluso.

- A mí me parecían engendros.

- Eres un ignorante.

- Lo que desde luego era maravilloso, era ver los juguetes nuevos por la tele en navidades. Siempre salía algo que te entusiasmaba, y que podía ser de lo más estúpido.

- Como los juegos de mesa con mecanismo.

- ¿Los juegos de mesa con mecanismo?

- Si, toda esa tradición de juegos que o bien se basaban en una invención, o tenían un invento que debías de accionar en algún momento de la partida.

- Ah, tu dices los del tipo Operación, el juego en el que tenías que extirparle piezas de plástico a un muñeco dibujado en una caja.

- Claro. Me acuerdo también de La Ratonera. Ese molaba porque tenía un complejo mecanismo en el que una bola accionaba un interruptor, que a su vez empujaba no se qué y por una cadena de acontecimientos acababa cayendo una jaula sobre la ficha ratón. El problema es que se tardaba mucho

en montar todo el tinglado y luego la acción duraba a penas unos segundos, por eso dosificaban las casillas en las que podías darle a la bola. Cuando tardabas en caer generaba bastante ansiedad, en seguida descubrimos que era mejor montarlo y tirar la bola directamente, sin jugar al juego.

- Mi preferido era el Tragabolas.

- ¡Oh! el Tragabolas era increíble.

- Sí, grande de puro sencillo. Dabas a una palanca y el hipo abría y cerraba la boca comiendo bolas. Así que cuanto más aporreases a la palanca, más bolas comías. Me ponía frenético jugando a eso; "pa pa pa pa", dándole a la palanca con todas mis ganas. Jugar cuatro a la vez era muy similar a tener un ataque epiléptico en grupo.

- Y qué gorditos y amigables resultaban los hipos, que para mayor psicodelia eran uno rosa, otro azul, otro amarillo y el otro verde. Colores nada habituales en un hipopótamo.

- Joder, daría lo que fuera por tener aquí un Tragabolas.

- Si algún día tengo dinero, prometo traerte uno. Es el tipo de objeto que hace a un hombre más feliz; un rueda de hipopótamos glotones accionados por palanca. Mis juguetes preferidos siempre tenían palancas o botones o algún tipo de mecanismo. Recuerdo que una vez fui a casa de Miguel Montero y sus padres le habían comprado una pequeña nave de juguete. Tenías que plegarle las alas con las manos pero luego le dabas a un botón y las alas se desplegaban lentamente haciendo un ruidito mecánico. Aquello de por sí me resultaba ya increíblemente atractivo, pero es que, encima, funcionaba sin pilas. Es decir, que realizaba una acción que por la lentitud y el ruidito parecía que era electrónica, pero que en realidad no requería pilas. Por qué algo tan sencillo podía fascinarme de aquella manera; no lo sé. Pero el caso es que siempre deseé tener esa nave.

- Y los días de Reyes... despertar, ir al salón y encontrar todos esos juguetes. Ese día, mis padres me dejaban quedarme jugando en la sala de estar hasta la hora de comer. Y el tiempo pasa tan despacio cuando eres crío... incluso cuando lo estás pasando tan bien, esa mañana parecía durar días. Días de diversión. Y era sólo una al año, pero bastaba para que resultase un acontecimiento fundamental. De hecho me da la impresión de que he pasado un periodo importante de mi vida viviendo esas mañanas y en realidad, desde que empecé a tener uso de razón a los tres ó cuatro años, hasta que la ilusión fue desapareciendo a los doce o trece, son a penas diez. Con qué inocencia lo recibía todo, cuando incluso creía que los regalos los traían los Reyes Magos de Oriente.

- ¿Qué pasó con esa inocencia?

- Se fue, supongo. Al menos casi toda. Es como aprender a verle los tres pies al gato y las orejas al lobo en todas partes.

- Ya, y sin inocencia no se puede creer.

- No, no se puede.

Silencio; roto por el ruido de un nuevo sorbo. Tras tragar, Julián sigue hablando con la vista puesta fuera, a través de la ventana.

- Lo único en lo que conservo la inocencia es en las mujeres, en enamorarme y esas tonterías.

- ¿Aún piensas en Jimena?

- Cada vez menos, pero aún demasiado.

- Ser tan romántico es malo.

- A mí me lo vas a decir.

- Cuando eres niño no necesitas mujeres. Sólo a tu madre. Pero no es una mujer, es más bien una deidad femenina.

- Ya, y es curioso, porque abandonamos la niñez en gran parte a causa del despertar sexual. Cuando te empiezan

a interesar las muchachas es cuando empiezas a hacerte el duro, a dejar de jugar, a cuidar tu imagen... Y luego acabas persiguiendo en el amor y el sexo evadirte de esa conciencia que has ganado.

- Supongo que es porque más que crecer para gustarle a las chicas, tienes que crecer porque la vida es así. Pero para que sea menos traumático aparece el sexo como recompensa.

- Claro, es algo así como: "es una putada no poder seguir siendo niño. Pero mira, aunque no vas a volver a ser tan feliz, al menos tienes a esos seres a los que no habías hecho ni puto caso hasta el momento, las chicas, que resultan ser preciosas y muy interesantes en todos los sentidos. Ser mayor te permite descubrirlas, incluso follar con ellas y hasta enamorarlas". Pero entonces te esperas que la recompensa compense lo perdido y te emocionas. Y la verdad es que algunas veces merece la pena, pero otras no.

- Me recuerda al *Génesis*: Eva convence a Adán de que coma del *Árbol de la Ciencia* y adquiera conciencia, perdiendo la inocencia. De pequeño nunca podía comprender por qué comieron del *Árbol de la Ciencia* si podían haber comido del de la Vida. Se lo preguntaba al cura pero no me daba ninguna razón convincente. Y el Demonio les hizo el lío, diciéndoles que comiendo del *Árbol de la Ciencia* se igualarían a Dios. Pensaba que era muy burdo, a Dios te igualas siendo inmortal, con la Vida. Luego fui comprendiendo que la cosa sí tenía sentido, y mucho. Sin conciencia, morir no resulta tan terrible, no existe la ansiedad del saber que uno muere y no se anhela la Vida eterna. Pero sin conciencia y sin la ansiedad que ésta acarrea; no tiene sentido ser héroe, o levantar torres o escribir libros. Cómo tampoco lo tiene asesinar por diversión, someter a otros o hacer la guerra. La conciencia no te permite ser Dios, el Diablo mintió, lo que te permite

es emularle. Pero también te permite emular al Diablo. Es más, la mayoría de las veces no sabes bien a quien estás imitando o, según se mire, estás imitando a uno o a otro o a los dos a la vez.

- En la canción de Dylan, *Gotta serve somebody*, "Tienes que servir a alguien"; dice que "puede ser al Demonio o puede ser al Señor, pero tienes que servir a alguien". Es un conflicto que, en cierto sentido, se repite en el amor. Yo no leí la *Biblia* ni *El paraíso perdido*, pero por la pintura sé que Adán y Eva cubren sus sexos nada más comer la manzana, la sordidez entra en juego y es fundamental en el amor. Es lo que me gusta del sexo, que sea sórdido y a la vez espiritual. Es cómo elevar a una persona a la categoría de ángel y luego follártela, poseerla, bajar con ella hasta abajo sin dejar de estar arriba.

- Bueno, sí, pero realmente eres un pervertido, yo no pienso en ángeles cuando follo.

- Pues yo sí, de hecho le he pedido a más de una mujer que se ponga unas alas emplumadas en la espalda. Sin éxito hasta el momento, por cierto. Y estoy hasta el gorro de que el mundo me vea como un pervertido sólo porque mis perversiones son originales.

- Hay que ser creativo.

- Exacto, sin sordidez el amor y el sexo no tienen gracia, ni la vida tampoco. Además, no me jodas, todo el mundo es sórdido. Vivimos en la era de la obsesión por la higiene, en la que la gente se lava el cuerpo a diario, hecho sin precedentes en la historia de la humanidad, y se desarrollan manías como no beber de la pajita del otro y estupideces semejantes. Y luego; todo el mundo daría lo que fuese por relamer el orificio por donde otra persona que le atrae mea. El sexo es sucio, no hay más. Intentar vender que el sexo es algo limpio y duro, con todas esas y esos

modelos rígidos, de no comer y pasarse la vida en el gimnasio, me apesta. El sexo y la carne son blandos; llenos de fluidos, secreciones y suciedades. Y a su vez eso es lo que los hace extrañamente cercanos a lo divino; por su fugacidad, por lo evidente que hacen nuestra animalidad y porque por eso mismo aumentan la ansiedad de vencer al tiempo.

- Pero nunca se vence al tiempo y nunca se deja de añorar la inocencia perdida.

- No, claro, es el castigo de la manzana.

- Vaya, sí que nos hemos puestos trascendentales hoy.

- Ha sido a causa del Tragabolas, objetos de su grandeza inspiran la genialidad.

- Temo que empecemos a volvernos pedantes. Es un buen momento para que algo nos salve.

Llaman a la puerta. Julián se sorprende:

- Magia.

- Es la enfermera.

- Es guapa ¿no?

- Bueno, no brilla ni tiene alas, pero es simpática.

¡Adelante!

Pasa la enfermera, trae comida. Saluda, parece alegrarle entrar en esta habitación, con gente joven como ella; no es lo habitual en la zona de oncología. Le gusta Pablo, se gustan. Mientras Julián apura su refresco, se echa la mochila a la espalda y prepara sus cascos; Pablo bromea. Ella se hace la crédula, dice de sí que es "muy inocente". Julián lanza una mirada de complicidad a su amigo. Él le responde con otra mirada y:

- Hasta luego amigo, vuelve pronto.

- Adiós, a ver si te traigo el juego y así puedes entretener a las visitas. Cuídate.

Atraviesa el pasillo, baja las escaleras, cruza el hall, hacia la calle. Casi todo en el edificio del que sale es blanco.

Trivial

Julián mira fijamente a Pablo a los ojos y dice:

- ¿Quién es el presentador masculino del programa musical *Aplauso*?

Pablo se enoja:

- Joder, odio jugar a esta edición ochentera del Trivial. ¿Por qué no te compras una nueva de una puta vez?

- Porque las nuevas son aún peores. Además, nunca veo la tele, así que me da lo mismo que me pregunten de programas de hoy, que de hace veinte años.

- Sí, y te sabes muchas respuestas de memoria gracias a que has jugado miles de veces al mismo juego.

- Eso también. Pero bueno, he de mantener viva mi leyenda, yo nunca pierdo al Trivial. Además, en los ochenta todavía estaba algo de moda la cultura; ahora hay más preguntas de televisión, de "best sellers" y de fútbol.

- Me dijiste que traerías el Tragabolas, yo necesito acción, no que me demuestres que posees más conocimientos superficiales que yo.

- No deberías menospreciar el Trivial; es un mito de la cultura popular de nuestro tiempo.

- Hombre, ha triunfado, pero como tantas otras cosas.

- No te creas. El Trivial es un fenómeno muy sintomático, he pensado mucho en ello.

- ¿Has tenido tiempo mientras aprendías de memoria todas estas preguntas?

- En serio: ¿qué hay más contemporáneo que la yuxtaposición de informaciones que no tienen una relación lógica entre sí? El cine mismo: estamos acostumbrados, pero la forma en la que se mezclan las imágenes, con miles de elipsis y acciones que ocurren a la vez, o que ocurrieron en el pasado, cómo los flashbacks, y un montón de recursos extraños e historias corales... antes no se hacían las cosas

así. Y los periódicos: miras la portada y ves una foto de los jugadores del Barcelona ganando la Liga de Campeones, arriba un hombre quemó a su mujer y van 24 este año, a la derecha un atentado suicida en nombre de Alá causa la muerte de 13 personas en un país invadido por los Estados Unidos, a la izquierda 4 ó 5 noticias más, de las que sólo lees titulares de 6 ó 7 palabras sobre temas que van de la inmigración ilegal a la vida de la realeza, y de la economía global al fraude inmobiliario. Por último, no se cortan, en medio de ese cadáver exquisito colosal, un recuadro naranja: ING Direct...

Pablo le quita la palabra en ese momento.

- "Tu otro banco y cada día el de más gente".

- Efectivamente. Por eso, el germen de la posmodernidad en pintura está ya en el cubismo, en el momento en el que pretendes enseñar a la vez el culo y la cara de una señora, directamente, sin un juego de espejos ni nada ¿qué significa?

- Que eres un ansioso.

- Exacto. Y esa es nuestra época, la época de los ansiosos.

- Si es cuestión de ser ansioso, el Tragabolas es también una buena metáfora de nuestro tiempo.

- Claro, pero el Trivial es aun mejor: "¿Qué film y su segunda parte ganaron ambos el Óscar a la mejor película?" y "¿Qué conmemoran los judíos en la celebración de la Pascua?"; junto a toros y geografía en una misma tarjeta.

- El caso es que al final estás tan aturdido por tanta información que acabas gilipollas.

- Ahí le has "dao".

Risas. Julián intenta retomar la partida, coge el dado:

- Bueno, me toca.

- Hace un par de días Berta se pasó por aquí.

- Joder, y me lo dices ahora, con la partida empezada. Menudo golpe bajo. Odio interrumpir el juego, pero esto me lo tienes que contar, que gran duda...

- El individuo de hoy vive aturdido.

Julián empieza a retirar el tablero de la cama.

- ¿Ves? Si es que somos el mundo que vivimos, no podemos evitarlo. Bueno, dime, hace unos días que no hablo con ella, pero me sorprende que no me haya llamado para comentármelo ni nada.

- Supongo que no le fue fácil, ya sabes lo que le cuesta tomar decisiones.

- Sí, pero esta vez la ha tomado ¿no?

- Estuvo aquí, al fin y al cabo.

- ¿Y?

- Me gustó volver a verla.

- ¿Cuánto hacía que no hablabais?

- Puf, no sé, en el último año no hablamos más que un par de veces por teléfono. Se me había olvidado lo agradable que era.

- Agradable, sí, mucho, sobre todo contigo. No porque lo fuerce, le sale así, os sale así.

- Ya, nos llevamos bien... pero eso, el llevarse bien, el que me resultase agradable; es algo que supongo que aprecio en una mujer hasta cierto punto.

- Por eso la dejaste.

- En parte, sí.

- Es curioso lo que cada uno pedimos a una mujer. Yo daría lo que fuese por encontrar alguien con el que estar tranquilo, supongo que eso es porque tengo serias dificultades para gozar de momentos de serenidad.

- A lo mejor deberías liarte con ella y hacerla feliz.

- ¿Bromeas? ¿No recuerdas la relación que tenemos? Le produzco una mezcla de intriga, miedo y vergüenza ajena que la entretiene, pero que no aparenta ser un caldo de cultivo

muy propicio para el cortejo. Berta no podría estar con alguien que escurra flema sobre la alfombra de su cuarto.

- Eso es cierto.

- Además, te morirías de celos.

Pablo con la cara grave:

- No. Ya no.

- Venga, si lo peor es que aun te gusta.

Sonríe:

- Sí me gusta. Pero no la soporto. Se le hizo la boca agua al verme tan desvalido, por fin podía cuidarme. Pero bueno, lo pasamos bien. Hablamos de los viejos tiempos, hablamos de ti, también un poco de por qué rompí con ella.

- ¿Y por qué rompiste?

- ¿No lo sabes?

- Me lo acabas de decir, porque es agradable.

- Sí, ella es agradable y yo debo de ser un poco gilipollas.

- Nunca lo discutiría.

- El caso es que me apetecía probar más cosas: mujeres que no me gustasen tanto, mujeres que me tratasen mal, quizás encontrar a alguien mejor incluso, vivir...

- Gilipollas, sin duda.

- Bueno ¿Y tú? Yo te abro el corazón y tú te dedicas a martirizar a un pobre enfermo.

- Lo siento.

- Pero mira; al final portándome mal hice lo mejor para ella.

- Eso me lo tienes que explicar.

- Si aún fuese mi novia, estaría sufriendo más ahora que cuando la engañé. Por mucho que le apene mi situación, lleva casi un año despegándose de mí.

- Eso lo dices totalmente en serio ¿Verdad?

- Sí.

- Muy noble de tu parte. Aunque no sé qué preferiría ella.

- Por desgracia, las personas no solemos preferir lo que más nos conviene.

- Por supuesto, Adam Smith pensó que sí y mira; vivimos en el mundo que el imaginó. No ha salido muy bien, desde luego.

- No, muy bien no ha salido.

- Aunque eso no te da derecho a decidir por los demás.

- Qué más da, el caso es que es probable que Berta y yo nos hallamos visto por última vez, y por mí está bien así.

- ¿Bien?

- Bueno, no sé si bien es la palabra, pero es como lo prefiero. Ya me gustó suficientemente poco que me viese aquí, en la cama. No quiero que me vea cuando empiece a adelgazar, a perder pelo. Y no es sólo eso, no quiero que me sufra cuando estoy débil si no me ha tenido cuando estaba fuerte. Mira, mientras hablábamos, recordamos la primera vez que nos besamos. Fue junto al puente de la gasolinera, cuando nos tenemos que separar para ir cada uno a su casa. Lo habíamos pasado muy bien esa noche, fue el día de la fiesta de Rafa. ¿Te acuerdas?

- Cómo olvidarlo, iba tan borracho que acabé explicándole al Andrés la relación entre *Romeo y Julieta* y la industria norteamericana del porno. Nunca conseguí recordar cual era el razonamiento que tuve, pero en el momento me pareció muy brillante. Estuvisteis toda la noche tonteando, y ella llevaba tiempo rondándote. Cuando os fuisteis juntos supe que se iba a fraguar el cotilleo del año. Me encantó.

- Pues bien, en el búho tuvimos una conversación increíble. Me habló de la muerte de su padre y me sentí muy, muy afortunado porque estuviese compartiendo eso conmigo. Ella es... tan inteligente; yo me limité a escuchar

porque en esos momentos ella sabía mucho mejor que yo cómo interpretar la muerte, era mucho más consciente de cómo vivimos con su presencia. No fue algo triste, no lo hizo como una forma de desahogarse. Fue como un regalo; el compartir conmigo algo que sólo estaba abierto a sus personas más allegadas. Y yo me sentí terriblemente atraído por ella; emotiva y sexualmente. Luego el autobús llegó a nuestra parada. Nos bajamos, yo debía cruzar el puente hacia mi casa. El puente de metal que cruza la autopista; unos obreros lo estaban arreglando, lo hacían en plena noche para no interrumpir el tráfico diurno. Después de decirnos adiós, la besé. La besé de todas las formas posibles en un solo beso, y en ese preciso instante los obreros empezaron a soldar algo y formaron un haz de chispas doradas enorme detrás de nosotros. Como si estallasen fuegos artificiales, como cuando se besan Cary Grant y Grace Kelly en *Atrapa a un ladrón*.

- Oh, vaya historia. ¿Puedo contárselo a todo el mundo? ¿A alguien al menos? ¿A cuantas personas? ¿Podré contárselo a mis hijos y decirles que me pasó a mí?

- No puedes contárselo a nadie. El caso es que el otro día con ella aquí, recordábamos esa noche y se había puesto una de esas camisetas de tirantes que tan bien le quedan. No tenía mucho sentido, porque no hace calor como para llevar tirantes; pero sabe que me gustan. Hablábamos de nuestro primer beso, ella tan bonita como siempre, con sus ojos grandes y su mirada lista, lista, y de alguna manera nos dimos cuenta de que nos estábamos despidiendo, sin rencor.

- Vaya. Que lástima.

- Es lo mejor.

- Lo mejor... ¿Ni siquiera os disteis un beso?

- Bueno, sí, antes de que se fuese la besé.

- ¿Y crees que no volverá?

- Así lo acordamos, que no volveríamos a vernos en una temporada larga.

- Suena bien, le irá bien.

- Seguro... ¿Quieres terminar la partida?

Julián responde muy contento, contento por la confianza de su amigo, contento por Berta, contento por poder acabar la partida.

- Claro.

Con el tablero de nuevo en la cama, Julián tira el dado:

- Me tocaba. Un tres. Amarillo.

- ¿Qué político británico compartía nombre de pila con una famosa marca de tabaco?

- Churchill, Winston Churchill. Me encanta este juego.

Vuelve a tirar el dado.

Más tarde, en la parada de autobús junto a la clínica, Julián con sus cascos observa a una chica bonita que espera junto a él. Ella le devuelve la mirada: cruzan sus ojos por unos instantes y luego los dos los apartan. Se la ve realmente bonita con su libro y su falda roja que deja ver el final de sus piernas cruzadas. Y no tiene mucho sentido, porque no hace calor como para llevar una falda tan corta.

Cambios

Julián entra en el cuarto aun con los cascos puestos. Baila mientras camina. Desde la cama, con la puerta abierta, puede verse cómo la enfermera que acostumbra a traer la comida a Pablo aguanta la risa a sus espaldas.

- Hola.

- Hola, no te oigo nada.

- Muy bien.

Menea la cabeza y cierra los ojos. Mueve los labios como si cantase pero no emite sonidos. Parece estar en una especie de trance, su sentido del ritmo es limitado. No cerró la puerta. La enfermera se ha detenido para observarle, sonrío divertida. Pablo dedica a la chica una mirada esbozando una sonrisa y arqueando las cejas, antes de volver a prestar atención a su amigo, que en ese momento le mira fijamente a los ojos y canta:

- That's just the way it is.

Things will never be the same

That's just the way it is

Oh yeah.

Some things will never change.

Guiña un ojo y cierra la puerta con la pierna, sin volverse. Se quita los cascos.

- Cómo me gusta esa canción.

- ¿Qué escuchabas?

- *Changes* de Tupac.

- ¿Vuelves a escuchar rap?

- Nunca lo dejé del todo. Pero lo que escuchaba ahora es un recopilatorio que me he hecho de canciones que se llaman "change", "changes", "cambio", "cambios"; también he buscado algunas en francés.

- Estará el *Changes* de Bowie.

- Cómo no, es una de las razones por las que surgió el proyecto.

- "Time may change me, but I can't trace time": "El tiempo puede cambiarme, pero yo no puedo descifrar el tiempo". Qué tipo tan listo.

- ¿Bowie? De los más. Y Tupac también, el rapero más grande que ha habido. Sólo vivió 25 años, pero grabó tanta música que va a cumplirse el décimo aniversario de su muerte y aún sacan discos suyos nuevos, y buenos. Y los dos tienen un tema llamado *Changes*, que para más INRI, en ambos casos, es de los mejores de su repertorio. Blind Mellon, otro de mis grupos preferidos, tiene su *Changes*, maravilloso. Y también Hendrix, Cat Stevens, T. Rex, Lighting Seeds; según Internet hay hasta más de mil canciones que se llaman "change" o "changes". ¿Qué te parece?

- Que tienes demasiado tiempo libre.

- En serio.

- Que es normal. La música pop, es una de las cosas más sujetas a las modas que hay. Cambia constantemente de estilo, es raro que un músico pop se mantenga más de diez o quince años realmente de moda. Es normal que el cambio en sí mismo interese a esa gente que vive en este mundo que no para de cambiar y trabaja en un medio especialmente vertiginoso. ¿No?

- Claro. ¿No crees que es increíble? Eso demuestra que la música pop puede ser sencilla o ligera, pero que está muy viva. Que es especialmente capaz de captar la sensibilidad de nuestro tiempo.

- Claro, algo poco profundo, cambiante, pensado para la gente joven que aun puede asimilar tanto ajetreo. Eso es el Pop y el siglo XXI.

- Y mira; la pintura que tan actual había sido no pudo aguantarlo, no sobrevivió al Pop.

- Como en el anuncio de las patatas.

- ¿Qué anuncio? Yo no veo la tele.

- Anuncian Pringles, y salen unos chavales tan contentos con sus patatas en bote, que manda huevos haber inventado las patatas en bote. El caso es que al abrir el bote suena "pop", entonces los chavales no pueden parar de comer patatas. Lo cual es curioso, porque tienen aspecto de pasar muchas horas en el gimnasio y cuidar bastante su dieta, sobre todo las chicas. Finalmente una voz marchosa y desenfadada suelta el slogan: "cuando haces pop ya no hay stop".

- Je je. "Cuando haces Pop ya no hay stop". ¿Has visto? La publicidad; otro medio simple. Es más: el medio más retorcido e hipócrita, peor aun que el periodismo, y aun así uno de los más lúcidos.

- Cuando vives en un mundo en el que hay que estar reinventándote cada día, pierdes profundidad y buenas maneras.

- Bueno siempre hay salidas, el cine es maravilloso y complejo, y ha conseguido mantenerse. Y en pintura, Picasso supo reinventarse cada día siendo cada día enorme. Aunque Picasso es uno, claro, el resto de vanguardias que se entusiasmaron con la posibilidad de reinventar el mundo con sus manifiestos acabaron llegando a un punto muerto.

- Y ahora dos listillos comentan los desastres de la posmodernidad en una habitación de hospital sin aportar soluciones.

- ¿Qué soluciones vamos a aportar, si ya se ha "hecho pop"? Cuando la gente vio *Las Señoritas de Aviñón* pensó que se había hecho "crack", pero no era "crack", era "pop"; algo más pusilánime.

- ¿Sabes? No sé si el estarme muriendo me convierte en más o menos posmoderno. Por un lado estoy postrado, inmóvil, vivo en la rutina, día tras día. Aun no tengo el

ordenador, no puedo conectarme a Internet, no veo casi la tele, no leo casi el periódico. Pero a la vez, mi cuerpo se deteriora a tal velocidad que parece que está sincronizado con el mundo que me rodea. Siento el vértigo, me pudro por dentro, como un replicante.

Julián tarda en reaccionar, está a punto de quedarse sin respuesta.

- No digas eso, no te estás muriendo. Los cuerpos jóvenes se acaban curando.

- Sí, claro que sí. Perdona, no quería aguarle la divagación.

- Deberías fijarte algún objetivo, algo que te ilusione. Dibujar, leer, hacer música electrónica... Vas a volverte tarumba si sigues dejando pasar los días esperando las visitas de tu madre, que te da el coñazo, y de mí, que no te puedo traer a penas noticias del mundo real porque no vivo en él.

- Algún objetivo... Así es como funciona ¿no? Si sigues cambiando sigues vivo. La mayoría de las personas de la historia han vivido en una dinámica de pocos cambios significativos. Te hacías adulto una vez, te casabas una vez, llegabas a la vejez y palmabas. En cada paso una fiesta, un evento, un rito. Algo que marcara que el cambio era algo especial, que tenía un sentido que fuese así y en ese momento. La vida como un año; con su Primavera, su Verano, su Otoño y su Invierno; estaciones que también se celebran porque son pruebas del Sentido de todo. Algunos ritos más alegres, otros más tristes. Y la vida pasa...

- Pero ahora no es así.

- No. Ahora no sabes cuando te haces adulto. ¿Cuándo vas a votar? Tengo conciencia de que la política es sórdida desde los seis años. ¿Cuándo pierdes la virginidad? Yo no lo viví como un rito de paso, desde luego. El único amigo mío que se desvirgó de una forma lejanamente ritual es el

Peruano, al que su padre le llevó de putas a los catorce años, cómo antes había hecho con él su abuelo. ¿Cuando te sacas el carné de conducir?

- En ese caso yo nunca seré adulto.

- Con la vejez igual, la edad de jubilación oscila según intereses económicos. Y te venden ritos de todo tipo: el comprarte un coche, el tener un ascenso, el casarte; te cases las veces que te cases... Todo con su publicidad. La Primavera llega, pero no la de las flores que vuelven, que vuelven las mismas, las mismas de mano de la misma diosa. No se ven flores desde mi piso, sólo algunas en macetas, en terrazas, artificiales. La primavera que llega ahora es la primavera de El Corte Inglés, y esa nunca puede ser igual a la del año anterior. Se acabaría el negocio. Se acabaría el espectáculo.

- Y el espectáculo debe continuar.

- Otra gran frase. Nuestra vida se ha vuelto un espectáculo, un teatro. Lo dijo Shakespeare y lo repitieron durante dos siglos hasta que se cumplió más de lo que los barrocos pudieron imaginar. Necesitamos ofrecer sorpresas y novedades; actuar. Necesitamos cambios de escenario y de vestuario, aventuras ficticias, pasiones infladas... sin todo eso no valemos nada.

- Suenas muy romántico ahora mismo.

- Tanto... Aquí, enfermo, mirando por la ventana todo el día.

- Pero aun así hay cosas buenas.

- A veces me pregunto cuales.

- Algunos ideales que nunca se cumplen, pero que al menos ahí están. También; la religión de los antiguos tiene mucho de gran engranaje para ocultar la falta de sentido del mundo. Nosotros vivimos con esa falta, sólo que no podemos soportarla y nos evadimos trabajando, comprando,

metiéndonos Prozac, y una larguísima lista de cosas más. Pero de alguna forma somos más valientes.

- No sé, para cuando un niño de mi barrio ve un muerto por primera vez en su vida, ha visto ya miles por la tele y en los periódicos. Pero cuando ve a un muerto real, a su abuelo, éste está barnizado y pintado. Lo ve cinco minutos tras un cristal y hasta el siguiente funeral.

- Bueno, los niños de Colombia también son parte de nuestro mundo y muchos de ellos ven muertos todas las semanas; si no trabajan de asesinos a sueldo.

- Yo no vivo en Colombia.

- Tampoco en el siglo XIX

- ¿Qué quieres decir con eso?

- Que a veces cuando te oigo hablar me da la impresión de que te gustaría ingresar en un monasterio.

- ¿Por qué no? Como Max Jacob. ¿Recuerdas el dibujo que te enseñé de Picasso en el que sale Jacob vestido de fraile después de la Primera Guerra Mundial? Parece tan plácido... y eso que tenía fama de escandaloso.

- Pero Max Jacob era un vanguardista. Eso ya se acabó. ¿No te acuerdas de que hicimos Pop?

- Pues vaya, entonces ¿Qué nos queda?

- Los cambios, el *Changes* de Tupac y el de David Bowie. Y el sentido del humor, puede que ya no existan pintores como Velázquez; pero mira, yo estoy seguro de que tenemos los mejores cómicos de la Historia. ¿Te imaginas a alguien en el XVII haciendo lo que hacen los Monty Python? Lo hubiesen quemado, no ya por hereje; por loco. Nos reímos hasta de la misma realidad, de lo más sagrado, del último reducto de una prueba de que existe cierto orden, cierto sentido.

- ¿Y?

- Nada, que es gracioso. A mi me gusta reír. Pero no con el rollo del maestro yoga que suelta:

Julián imita el acento hindú:

- "La risa es la luz del corazón puro". Luego no tienen ni puta gracia. ¿Hay algo menos gracioso que un sabio? Lo gracioso es reírse de ellos. Pero precisamente porque están exentos de ironía, por mucho que digan lo contrario. Mira; yo envidio la paz espiritual de los lamas, pero yo no pertenezco a eso. No me gustan muchas cosas de mi mundo y ojalá estuviese menos dominado por el tedio e hiciese más por cambiarlas; pero soy lo que soy y no tengo paz y soy inconstante y descentrado y no puedo asimilar todo lo que veo y escucho cada día porque me sobran estímulos y me faltan pautas para ordenarlos, y aun así, no quiero cambiar eso de mí: mis carcajadas por la paz del viejo que medita en la montaña. Porque soy lo que soy.

Pablo sonrío.

- Igual tienes razón.

- Joder, te has dejado convencer de algo por mí. Sabes quien te habla ¿Verdad? Soy yo, Julián, el lunático.

- Me estoy acordando de un episodio del *Flying Circus*: cuando montan una especie de teatro absurdo para curar a un gato que se ha quedado como congelado no se sabe por qué.

- Es cierto, es cierto...

Por el pasillo una chica vuelve empujando un carrito, deseando que llegue la hora de comer. Oye fuertes carcajadas al pasar frente a determinada puerta. Es poco habitual oír carcajadas en esa planta.

Los problemas crecen

Julián abre la puerta sin llamar, encuentra a Pablo acompañado de una mujer. Tiene poco más de 50 años y se mantiene atractiva dentro de lo que el tiempo permite. Delgada, rubia sin tinte, media melena. Viste traje de chaqueta: buena marca, corte convencional. Julián saluda.

- Buenas.

La mujer responde con gran efusión.

- ¡Julián!

Pablo, sereno y con gesto escéptico.

- Hola.

- Hacía tiempo que no te veía. Pablo me ha dicho que vienes mucho a verle. No sabes el bien que le hace. ¿Qué tal? ¿Cómo te va? ¿Qué tal la carrera?

La mujer no pierde su amplia sonrisa en ningún momento.

- Bien, la carrera bien. Un poco retrasado porque empecé flojo pero ahora bien.

- Me alegro, me alegro. ¿Y cuánto te falta para acabar?

- El año que viene, acabo el año que viene.

Desde la cama, Pablo contiene la risa.

- Estupendo. ¿Y te gusta no?

- Sí, me encanta, es apasionante.

- Ah. Bien, bien. Eso es lo importante, que te enrolle.

Pablo no puede contener una carcajada ronca. Su madre se vuelve y le mira, pero él en seguida empieza a toser.

- ¿Estás bien cariño? Debe ser la sesión. ¿Te encuentras bien?

- Sí, estoy bien, no te preocupes.

- He hablado con tu padre. Vendrá a verte esta noche y te traerá el ordenador que le pediste. Pero no le digas que te lo he dicho, es una sorpresa.

- Estupendo, pero no os preocupéis, estoy bien.

- En fin, pasas mucho tiempo sin hacer nada. Deberías leer, a ver si con el ordenador te entretienes.

- Seguro que sí.

- Bueno, mejor os dejo solos que habléis de vuestras cosas. Procura portarte bien.

- Estoy hospitalizado, lo tengo difícil para hacer el travieso.

- Bueno, pero sé educado con las enfermeras. Y cariño, por favor, no fumes. Estás en un hospital.

- Tranquila madre, sólo fue un pitillo.

- ¿Tú te crees Julián? Me dice la enfermera de noche, que ha encontrado una colilla junto a la ventana. No le dejes fumar ¿eh?

- Descuide señora.

- Bueno, te he visto muy mayor y muy bien. Me ha alegrado mucho.

- A mí también.

- Y tú pórtate bien. Está noche vendrá tu padre.

Pablo y su madre se abrazan con fuerza.

- Hasta luego cariño, te quiero.

- Yo también te quiero, mamá.

Andando de prisa la mujer sale por la puerta. Deja un silencio tras de sí. Pasados unos segundos, Julián:

- Puf, estoy destrozado.

- Y yo, la quimioterapia te deja como si te hubieses tomado cinco biodraminas para pasar un mal viaje y encima te estuvieses mareando.

- Que mierda.

- ¿A ti qué te pasa?

- Los problemas crecen.

- ¿Qué quieres decir?

- Están reponiendo de madrugada en La Dos, *Los problemas crecen*. Me vi seis capítulos y he dormido muy poco. Acabé a las cinco y media.

- Pensaba que no veías la tele.

- Hago excepciones.

- O sea, que mientras yo estaba pasando una noche infernal de efectos secundarios, tú veías la serie estadounidense más rancia de los ochenta. No sé si envidio tu suerte.

- Qué dices, lo pasé increíble. Pero estoy destrozado. No sabía que me encontraría a tu madre. Justo hoy que salí de casa más tarde que nunca, llegó el autobús justo a tiempo. Parecía un golpe de suerte, pero por culpa de eso me ha visto tu madre con cara de zombi.

- ¿Te importa?

- Un poco, siempre tengo la impresión de que me mira muy fijamente y de forma suspicaz. Cómo si estuviese segura de que oculto algo, de que voy fumado o de que vengo a meterte droga en la comida.

- No te puedes quejar, durante nuestros tres primeros años de relación siempre estabas fumado y una vez me metiste droga en la comida.

- Vaya, es cierto. Me recuerda a uno de los capítulos de los problemas crecen. Trataba de que Carol, la hija empollona, se echaba un novio universitario. Que curiosamente era Matthew Perry, el actor que hace de Chandler en Friends...

- Eres un freak.

- Déjame acabar, el caso es que Carol la cagaba varias veces desobedeciendo las órdenes paternas. Pero como es la niña buena, los padres le creían las excusas más burdas e incluso pensaban que el culpable de los líos era en realidad Mike, el joven rebelde. Interpretado por Kirk Cameron, actual telepredicador de una secta ultra conservadora evangelista.

- ¿A donde quieres llegar?

- Como casi siempre divago; pienso que tal vez nos hallamos convertido en Mikes, en sospechosos habituales. En la serie pintan muy entrañable la relación de desconfianza que tienen con su hijo rebelde, pero en la realidad es un coñazo.

- Sí, es cansado. Aunque no es culpa de los padres, son reputaciones que uno se gana.

- Claro. Pero en la tele nunca es igual. Yo de pequeño veía muchísimo la tele y *Los problemas crecen* era mi serie preferida. Mike era un modelo para mí. Lo cual me resultó muy patético ayer, porque la serie es realmente falsa y reaccionaria.

- Si no recuerdo mal el padre era siquiatra y la madre periodista. ¿No? Psiquiatría y periodismo, eso era lo que daba de comer a nuestra familia modelo.

- Sí, qué fuerte. Y no sé en qué Estados Unidos vivían, porque no recuerdo que apareciese ni un solo negro. Volviéndola a ver, toda la basura se hacía evidente hasta la parodia. Pero también me emocioné, porque daban el capítulo en el que Mike se enamora de Julie, la canguro. ¿Recuerdas?

- Oh, es cierto, qué guapa era. Me encantaba esa chica. Tan dulce. La recuerdo casi como algo mítico, tenía pinta de angelito.

- Sí, aunque acabó siendo Miss Playboy de Febrero de 1986. Pero cuando la veía en la pantalla de mi casa... estaba totalmente enamorado de ella. Dicen que las personas se enamoran de media una vez y media en la vida, yo supero esa marca con mucho en lo que a mujeres reales se refiere, pero si además cuentan los personajes del cine y la televisión; reviento la estadística. Me he enamorado de tantas... Y no sólo de mujeres, me he enamorado de vidas. Quería vivir en la tele, con esas familias yanquis tan felices y perfectas. Ahora me parece que estaba loco.

- Lo estabas y lo estás. Por eso te quiero.

- Gracias.

- Mira, yo he pasado la noche pensando también en mi familia modelo de la infancia.

- ¿Cual?

- La mía, mi familia. De crío veía a mis padres como dioses. Últimamente me acuerdo mucho de ellos; de mis padres de antaño, de mis auténticos padres, esos que lo sabían todo y eran más fuertes y seguros que nadie. Y luego llega mi madre esta mañana, tan nerviosa y posesiva como siempre. Llena de una energía que no sabe cómo usar y dándome el coñazo sin parar. Y recuerdo cuando íbamos a la feria en mi pueblo, siendo yo muy pequeño, y me llevaba a las casetas de tiro.

- Tu madre no ve.

- Ve fatal, y por aquellos tiempos no llevaba siempre lentillas, como ahora. Iba con sus gafas, conmigo cogido de la mano y me decía que pidiese cualquier cosa de los premios que ofrecían. Eran todos cutres: como relojes digitales muy aparatosos o muñecos de goma "made in China"; que resultaban más valiosos antes de que llegasen los Todo a Cien. Pero a mí me maravillaban, en gran parte por el hecho de que se tuviesen que ganar en una prueba de habilidad. Cada premio estaba metido en una bolsa de plástico que colgaba de unos hilos enganchados a unos palillos. Si con los perdigones rompías los palillos, el premio caía y te lo llevabas. Recuerdo que a mí me daba incluso miedo la luz despampanante de la caseta y el hombre gordo que la llevaba y, sin hablar, señalaba lo que quería. Un año fue el reloj. "¿El reloj?" preguntaba mi madre. Yo asentía con la cabeza. El reloj tenía cinco palillos. Entonces mi madre pagaba cinco perdigones justos, dejaba las gafas sobre el mostrador, agarraba el fusil que temblaba pesado en sus brazos delgadísimos y ¡pam!. Uno a

uno, sin errar un solo tiro. Iba volando las pequeñas dianas de madera, nunca entendí cómo. Para cuando quedaba sólo el último, el regente de la garita ya estaba visiblemente impresionado y los muchachotes locales, que sudaban la gota gorda para ganar algún peluche para sus novias, habían dejado de disparar y la observaban. Mi madre gastaba su último perdigón y serena, sin darse importancia, tomaba el reloj y lo ponía en mi manos. Era la única forma de que me regalase algo, porque ya sabes que es bastante tacaña. Después de eso, me volvía a coger de la mano y caminábamos por la feria. Y yo tenía en una de mis manitas el reloj aparatoso y en la otra la mano de mi madre y la sensación era realmente la de tenerlo todo. Cómo cuando en *Mujercitas* el alemán le dice a Jo que no tiene nada que darle salvo su corazón lleno y sus manos vacías, y ella le coge las manos y le dice que ya no están vacías.

- Vaya, qué bonito, si algún día escribo un libro contaré esta historia. La quimioterapia te pone un poco cursi, pero me gusta.

Risas.

- Vete a la mierda.

- ¿Y cómo es capaz de disparar tan bien sin pulso, sin vista y sin fuerza para coger la carabina?

- Magia.

Silencio.

- ¿Sabes qué me hace tener una sensación parecida con mi madre?

- ¿El qué?

- Verla batir huevos. Desde pequeño me produce admiración cómo es capaz de batir los huevos tan rápido. Coge dos tenedores y "tac tac tac tac tac", mueve el brazo como si fuese una puta batidora. Convierte las claras en merengue en segundos. A veces yo la ayudaba a hacer arroz con leche o algo así y me ponía a batir. Era como un reto,

batía cómo si me fuese la vida en ello; nunca fui muy hábil pero te aseguro que me dejaba las muñecas. Tras mucho esfuerzo conseguía una espuma que a mis ojos se veía muy resultona. Entonces llegaba la jefa, me quitaba el plato y me decía que le iba a dar el toque final; en seis segundos levantaba el doble de volumen. Aún hoy es algo que me escama. Magia también, supongo.

- Sí.

- Pero con el tiempo la magia se va perdiendo.

- Y tanto. Una vez, debía tener yo unos 13 años, estábamos de vacaciones en el pueblo, que está bastante perdido. Me levanté en plena noche con un dolor fuerte en el pecho, en el corazón. No se me pasaba, así que desperté a mis padres y me vieron tan asustado que mi madre se levantó para llevarme en coche al hospital. Aun sabiendo que tardaríamos tres cuartos de hora, se duchó y se arregló con cuidado mientras yo pensaba que me daba un ataque cardiaco. Había empezado a fumar mis primeros pitillos y sentía pánico y culpa. Cuando acabó de acicalarse se miró al espejo y por tres segundos posó como hace siempre, poniendo una mueca forzada, una especie de sonrisa apretada que ella interpreta como su cara de guapa. No es nada terrible porque ella sabía que no me pasaba nada serio, pero yo ya era bastante mayor para comprender que en ese momento a mi madre le importaba más estar presentable que ahorrarme unos minutos de miedo. Y de ahí hasta hoy, he aprendido tantas cosas de mis padres... Les he conocido como Claudio y Clara, y las historias de cómo se conocieron que en tiempos fueron para mí la épica del romance, son ahora evidencias de que sólo son dos que siguen haciendo lo que pueden para mantener su relación. Una relación que vive en gran parte de recuerdos, como todas las relaciones, como todas las familias.

- Recuerdos, recuerdos. Me recuerdas a *Amarcord* de Fellini.

- Gran película.

- Mágica.

- ¿Sabes que recuerdo mucho también en mis noches largas en esta habitación?

- ¿Qué?

- Mis momentos de vergüenza en la vida. No sé por qué, pero me vienen mucho a la mente de forma similar a mis hitos infantiles. Mucho.

- Las situaciones vergonzosas marcan, y es raro porque suelen ser en realidad tonterías. No he leído a penas novelas o visto películas en las que se trate la vergüenza de forma interesante. La vergüenza auténtica quiero decir, no el deshonor que es más épico, si no la estúpida vergüenza social.

- Es un sentimiento extraño. Me viene tanto a la memoria; desde una vez que me meé encima en clase gimnasia porque llevaba un chándal nuevo que se ataba con un cordón que no había forma de desatar, a lo torpe que me sentí cuando me lié con aquella treintañera.

- Eso fue hace siglos, dijiste que había sido increíble.

- Mentí, me daba vergüenza. La tía sabía muy bien como pasarlo bien, yo de aquella no lo tenía tan claro. Me sentí como un niño pequeño. Mantuve la erección porque tenía dieciséis años y las venditas hormonas y la novedad me ayudaron. Pero la mantuve durante más de una hora sin llegar yo a buen puerto. Claro, ella lo pasó muy bien. Pero recuerdo que teniendo a aquella mujer, a aquella señora, encima, yo giraba la cabeza simulando espasmos de pasión para mirar el reloj y ver cuando tiempo había pasado. Lo hacía con gran disimulo, porque que ella no se diese cuenta de que no estaba disfrutando me parecía lo más importante

del mundo. Tú verás, qué más le daba, estaba a lo suyo. Otra vez, miraba soldaditos de plomo en el escaparate de una tienda de lujo y se me acercó un tipo con una cerveza y me preguntó cual me gustaba más. Tendría yo cinco años, y que alguien me abordase así por las buenas, y encima provisto de una cerveza, me dio un miedo terrible. Me sorprendió de sobremanera como una bofetada de realidad que me sacó de mi absorción en aquel mundo de soldaditos de metal. Salí corriendo. No recuerdo casi nada de cuando tenía esa edad, pero a ese tipo le recuerdo como si llevase una foto de él en la cartera. Con barba de seis días, casi rubio, de aspecto desaliñado pero gentil, muy amable. Debía ser alguien sensible, porque estaba también mirando los soldaditos del escaparate que eran preciosos y se fijó en que yo estaba maravillado como él y no le importó dirigirse a un crío tan pequeño de igual a igual. Pero yo salí corriendo calle arriba hacia el quiosco donde mi madre compraba el periódico, hundí mi cara en su abrigo de pana y entonces me invadió la vergüenza, vergüenza por haber sido un cobarde. No he dejado de avergonzarme de aquel episodio desde entonces, nunca. Nunca se lo había contado a nadie.

Pablo termina y vuelve a la realidad, después de haberse perdido muy lejos en su historia. Mira a su amigo que le pregunta:

- ¿Y esos son tus compañeros de noche? ¿tus padres de infancia y tus vergüenzas?

- Sí.

- ¿Y por qué van juntos?

- No sé, son lo más mío, a lo que me quiero agarrar para no irme. También es triste porque acudo a papá, a mamá, al niño sobre el que me he inventado después y recubierto de experiencia y seguridad. Y por otro lado a la vergüenza, que de la forma más fortuita hace que se desvanezca mi seguridad, hace que los grandes valores y los

curtidos vicios de Pablo no sean más que algo volátil; y que no se den cuenta de que miro al reloj importa más que el sexo, que el amor, que el crecer, que todo. La vergüenza deja ver que Pablo al final no es el que lee o habla o desea; si no el niño de sus padres, el miedo, la miseria más pequeña pero más íntima, igual que todos.

- Me recuerda a un cuento de Joyce, el segundo de *Dublineses*. El protagonista es un chico que hace novillos con un compañero y se van de aventura por las afueras de la ciudad hasta el campo. Encuentran un viejo que habla con el protagonista y le intimida. El abuelo no hace nada especial, le reprende un poco, intenta conversar. El niño se asusta del viejo mientras su amigo, que es más intrépido pero más necio, anda jugando por la campiña. Para huir del abuelo llama al otro de un grito y éste acude corriendo. Al protagonista el corazón le late fuerte y le alivia que su amigo le saque de ese momento extraño. Joyce, en primera persona, dice que ve al niño correr hacia sí como si fuese en su ayuda, y que se siente un penitente arrepentido, porque había sentido por él siempre un poco de desprecio.

A punto de saltar las lágrimas, de nuevo el silencio. Indeciso, Julián:

- ¿Quieres que me quede hoy un rato más?

- No, ahora viene la enfermera. Deberías conocerla un día es... Mejor vete ya, de verdad, vete.

- Bien, vuelvo en un par de días.

- Sí, por favor, vuelve.

Vértigo

Una pareja se besa en lo alto de un campanario. Una figura surge de entre las sombras. Nada más verla, la mujer grita aterrorizada y se precipita al vacío. La figura avanza hacia la luz. Es una monja, que alarmada ante el suicidio, se santigua y dice:

- Apiádate Señor.

El hombre queda paralizado, preso de la desesperación. Es James Stewart. La monja empieza a tocar las campanas mientras él se asoma a la cornisa y clava sus ojos en el abismo, donde ella debe yacer. El sonido de las campanadas se mezcla con unos violines recargados, perturbadores; que van "in crescendo" hasta alcanzar un punto de máxima intensidad para cesar luego bruscamente. El mundo funde a negro. Luego, en la misma pantalla de ordenador, empiezan a aparecer los créditos del proceso de restauración de la película, acompañados de una pieza de la banda sonora. Pablo y Julián miran fijamente sin leer. Con movimientos lentos y los ojos aún muy abiertos, Julián se lleva a la boca el vaso de cartón de McDonald's que tiene en la mano y sorbe lo que queda en él. Hace mucho ruido.

Pablo:

- Vaya película.

- Sí.

- Hacía tiempo que no la veía. Estaba esperando que esta vez no saltara.

- No me extraña, el drama está tan bien urdido... A mí me pasa lo mismo cuando leo o veo *Romeo y Julieta*. Siempre pienso: esta vez seguro que se salvan, es que no puede ser que mueran los dos, de forma tan tonta, están siempre tan cerca de conseguirlo... Y eso que como historia de amor ideal es bastante lamentable; al fin y al cabo son dos críos salidos.

- Que guapa está Kim Novak.

- Tremenda. Pobre; se pasa la película disfrazándose de una mujer muerta que vive obsesionada con disfrazarse de otra mujer muerta. Me encanta el rollo del esfuerzo por adornarse para hacerse misteriosa, como del más allá, como un espíritu. Define muy bien parte de la condición femenina.

- Él tampoco sale muy bien parado; un hombre que siente pánico por los abismos y que no ve cómo se está metiendo de cabeza en uno. Me encanta cuando la lleva a ver las secuoyas y miran los anillos del árbol ya talado que ha vivido mil años; Eso sí que es vértigo. Mientras, la gente pierde el tiempo en vivir su amor liado en engaños..

- Yo me he follado a Jimena.

- ¿Lo ves? gilipollas hay en todas partes.

- Ése es el apoyo que venía buscando.

- Bueno, ya estás contándomelo todo. Además, no hay mal que por bien no venga, porque hoy me apetece más una tarde de cotilleo y consultorio sentimental, que de disertación sobre un drama complejo.

- Pero si la película la he traído para ilustrar mi historia.

- Puf, sí que estás mal ¿eh?

- No sé, el día siguiente de que ocurriese, me encontraba de tan buen humor que me puse *Las 50 primeras citas*.

- Jesús, María y José. Estás de largo mucho peor de lo que pensaba.

- A la mañana siguiente me llegó un mail suyo que me dejó hecho mierda, así que esa noche me vi *Olvídate de mí*.

- Otra vez.

- Sí, me encanta.

- Y hoy apareces con *Vértigo*.

- Claro, algo más metafórico y a la vez más duro, para poder tomar distancia y al mismo tiempo afrontar el problema en su totalidad.

- Terapia a través del cine. Es una gran idea, podrías hacer de ello un negocio. Pones un videoclub consulta; la gente va, te cuenta su problema y le aconsejas la película que debe ver.

- Suena bien, buscaré inversores.

- ¿Qué pasó?

Julián contesta con la vista fija en la ventana.

- Discutió con Pedro, me llamó, hablamos, hablamos mucho. Nos volvimos a besar. Tenía las llaves de casa de su abuela que vive la mitad del año en el pueblo, así que subimos. A la mañana siguiente me levanté mucho antes que ella. Fui a comprar bollos, preparé café y dejé una nota diciendo que le dejaba su espacio para decidir y pensar.

- Un bonito detalle, tienes tus momentos.

- No muchos, pero los tengo.

- ¿Y pensabas que te elegiría a ti?

- Bueno, supongo que no, pero siempre te queda la duda. Si yo fuese mujer me elegiría a mí.

- Si tú fueses mujer, serías una mujer... peculiar. Pero, a parte de eso, ella es una cría. Es lista, sabe que está bien con quien está. Pedro no la comprende tan bien como tú, pero es lo normal, tienen que crecer juntos. No es bueno que las mujeres se busquen un padre.

- Ya, la relación proteccionista es asunto sucio. Además ¿qué tipo de protector sería yo?

- Seguro que mejor del que crees.

- El caso es que la química y la pasión están ahí; tanto, tantísimo... Es tan bonita, y se siente todo tan correcto entre nosotros... aunque no lo sea. Es raro eso: una persona te atrae, te hace creer que el corazón se ha hecho más grande y que rebosa un poco entre las costillas con

cada latido. Pero, por las circunstancias, por el momento o por cómo sois cada uno; lo último que debes hacer es liarte con ella. En cambio, la que parece llevar una flecha en la cabeza en la que pone "mujer de tu vida", no te enciende. Y no hay nada que hacer. Yo, que siempre he pensado que no me iban los amores fatales y que lo único que quería era ser feliz.

- El mail era duro ¿eh?

- Algo así cómo que si soy tan noble y bueno como parezco, me alejaré de ella sin hacer ruido.

- Eso te pasa por jugar el papel de noble y bueno, mira que te lo tengo dicho.

- Me gusta el rollo romántico idealista fuera de contexto en estos tiempos fríos y desengañados, qué le voy a hacer. Se lo ha contado ya a Pedro y siguen.

- Valiente de su parte, de la de ambos.

- Sí, tienen suerte a pesar de todo.

Julián piensa un poco y continúa.

- Creo que ya sé qué peli me voy a ver esta noche.

- ¿*El Imperio contraataca*?

- Casi aciertas, pero no; *Delitos y faltas* de Woody Allen.

- Es en la que Alan Alda le roba a Mia Farrow ¿no?

- Si.

- ¿Haces esfuerzos para ser tan idiota o te sale natural?

- No lo sabrás nunca.

- ¿Pero qué coño pretendes con todo esto? Desde luego, como terapeuta cinematográfico harías subir la tasa de suicidios. No te atrapes y vete *El Imperio contraataca*. Eso sí te hará bien; un poco de aventuras y emoción. Además, tiene una de las escenas de amor más grandes de la historia del cine: Han Solo se pasa la película cortejando a la Princesa, que se hace la dura con él constantemente. Pero

al final, cuando él se juega la vida dejando que le congelen en carbonita, ella se le echa encima, le besa y dice: "te quiero". Y él responde: "Lo sé".

Julián interrumpe con exaltación:

- Es la leche. Con esa media sonrisa de héroe sinvergüenza. Y entonces arranca la música épica de John Williams, mientras él es congelado y la princesa observa llorosa. Se la ve tan enamorada que sólo falta que Chewaka pase la fregona para recoger el flujo que está chorreando.

- Sutil observación. Es realmente una escena preciosa ¿verdad? Y es una situación con la que te puedes identificar.

- Supongo que mi modelo debería ser Han Solo antes que Woody Allen. Responder "lo sé" es todavía mejor que dejar café y bollos. Aunque eran bollos del Mallorca.

- ¿Torteleles?

- Y cruasanes.

- Joder, es realmente dura de pelar.

- A mí me lo vas a decir.

- ¿Crees que lo llevarás bien?

- Claro, ya me conoces. Tengo propensión al buen humor.

- Así debe ser, el buen humor es la riqueza de los humildes. El suicidio es cosa de nórdicos.

- Bueno, aunque a veces hay que llorar un poco para poder seguir. Sigo pensando en verme *Delitos y Faltas*.

- Tú sabrás. ¿Y qué te vas a ver mañana?

- *Reencuentro*, de Lawrence Kasdan.

- Qué grande. Tengo ganas de ver buen cine. La de *Delitos y faltas* no la veo desde hace años.

- Claro, casi se me olvida. Te he grabado un dvd con un miniciclo musical: *Bodas reales*, *Cita en San Luís* y *Un americano en París*; Fred Astaire, Judy Garland y Gene Kelly en su máximo esplendor.

Julián saca un disco de la mochila y se lo entrega a Pablo.

- Musicales... ¿Terapia para un pobre enfermo?

- Puedes verlo así.

- Está bien.

- ¿Pero?

- Pero intenta no compadecerme demasiado en lo sucesivo. ¿Vale? Sé que es difícil, pero si además de mis padres empiezas tú también. Yo... podría llegar a deprimirme.

- Claro, eso está hecho.

- Es casi lo peor, cómo todos se apiadan de mí. Si oigo "pobre" una vez más, me curaré exclusivamente para convertirme en asesino en serie. Si no fuese por ti y por Sonia me volvería loco.

- ¿Sonia es la enfermera de ojos cándidos y despiertos que viene siempre a la hora de comer?

- Ajá. Cada día me gusta más. Le encanta el cine, me dijo que su película preferida era *El año que vivimos peligrosamente*. Y cuando le respondí que no la había visto se escandalizó y me prometió que la conseguiría y me la traería.

- ¿En serio no la has visto? Puf, es tan buena y tan especial que no sé que palabra usar para describirla. Esa Sonia debe ser una mujer notable. ¿Tú le gustas?

- Supongo. Pero no va a pasar. Ambos hacemos esfuerzos por que así sea. Ella tiene unos años más que nosotros y sabe dónde trabaja y hasta dónde se puede implicar. Y yo... también sé cómo están las cosas. Demasiado estamos intimando ya.

- Vaya.

- Bueno, está bien así. Además, si no me lío con ella, no puedo acabar jodiéndola como de costumbre.

- Lo cual es una grata novedad.

- Sí... Si lo piensas es gracioso.

- ¿El qué?

- Nuestras situaciones tienen sus similitudes.

- Supongo, lo que no puede ser no puede ser. ¿No?

- Justo, lo que no puede ser no puede ser. Aunque al contrario de lo habitual esta vez tu has mojado y yo no.

- Algunas veces me tiene que tocar a mí.

Sonríen. Julián mira el reloj.

- Van a dar las 10, he de irme.

Se abrazan.

- Cuídate amigo. Y deja lo antes posible la "cineterapia" o acabará contigo.

- Sólo unos días más, déjame regodearme un poco. Seguro que acabo escribiendo un gran texto esta semana.

- Adiós.

- Adiós.

Tres minutos después Pablo se levanta y camina hacia la ventana. El suelo está frío y le cuesta un poco avanzar. Ya es de noche, en seguida ve a Julián saliendo bajo la luz de las farolas.

- ¡Eh!

- ¡¿Si?!

- ¡¿Por qué *Reencuentro*?!

- ¡Porque es su película preferida!

- ¡Joder Julián, joder!

En la ventana de al lado una vieja se asoma y mira a Pablo enfadadísima. En la calle Julián se ríe.

Luego, en otra pantalla, en otro cuarto: *Delitos y faltas*. Un hombre viejo de aspecto afable habla a cámara:

"Cuando nos enamoramos se produce una extraña paradoja. La paradoja consiste en que, cuando nos enamoramos, tratamos de reencontrar todo o parte de las personas a las que estuvimos apegados en la infancia. Pero, por otra parte, pedimos al ser amado que repare todo el daño que

estos primeros padres o antepasados nos causaron. Así que el amor contiene en sí una contradicción: El intento de volver al pasado y el intento de deshacer el pasado."

Julián suspira.

Little 'tinker

- Es el Apocalipsis tal y como lo relató San Juan. Pensar que había renegado de mi Fe. El Día de la Ira, el Sexto Sello. El sol se oscurece, la luna se vuelve sangre, las estrellas caen sobre la tierra, el cielo se desenrolla como un pergamino... Julián se pone a trabajar. ¿O era tras la séptima copa? Debería haber escuchado mejor al cura. Ahora, ahora me arrepiento.

A pesar de vérselo pálido y delgado, Pablo encuentra las fuerzas para actuar como si realmente creyese que se avecina el fin de los tiempos.

- Si te sirve de consuelo, pobre pecador, he dicho que estoy buscando trabajo, no que lo haya encontrado.

- Bueno, eso es diferente. Entonces no hay noticia.

- Sí la hay; primero: estoy abierto a trabajar en algo que implique salir de mi casa.

- Novedad, en efecto.

- Me gustaría vender libros. Fui a la librería de cine La Noche Americana. El chico me dijo que me dejaba su puesto, que la mayoría de los meses no pagaban. Al parecer el trabajo tiene cómo únicos alicientes parecer interesante ante las mujeresseudocinéfilas que acuden al local y robar libros.

- ¿Y no aceptaste? Suena al tipo de oferta que a ti te seduce.

- Aun no he respondido, y estoy muy tentado, la verdad. Pero si he llegado a tamaña desesperación como para ponerme a buscar trabajo es porque necesito dinero. Se me acaba el crédito de mis padres. Los años no pasan en balde.

- Sobre todo los años de parasitismo y holgazanería.

- Yo prefiero llamarlos de sueños y vida bohemia.

- No puedes ser bohemio viviendo en casa de tus progenitores. Tienes que vivir en un cuchitril, alternar

con prostitutas y a ser posible tener sífilis, tuberculosis, gonorrea o algo así.

- Bueno, es que la bohemia ya no es lo que era. La posmodernidad ¿Sabes? Lo descafeína todo.

- Y tanto, en vez de ajenjo bebes coca cola.

- Coca cola light, de hecho.

- Jesús, aciagos tiempos nos ha tocado vivir.

Risas.

- También fui a una entrevista para Mercado de Letras: ya que el pequeño comercio está en crisis, decidí probar suerte en las grandes superficies.

- Le estás echando valor.

- Tendrías que haberme visto. La verdad es que ahí estuve bien: serio, incluso me puse un polo. Me preguntó qué tipo de persona era. Le miré a los ojos y con el semblante sereno contesté...

Julián hace una pausa. Sorbe un trago de la lata y con gravedad continúa:

- "Soy un chico responsable, profesional. Una persona diligente siempre dispuesta ayudar a los demás. Alguien natural, sencillo; amigo de sus amigos."

Fuertes carcajadas.

- La Virgen, debes de estar desesperado. ¿De verdad dijiste eso?

- Tal y como lo oyes. Lo bordé.

- ¿Y no te han llamado?

- Sí me llamaron, pero para ir a una segunda prueba. Ahí fue donde la cagué.

- ¿Qué pasó?

- Nos reunieron a un grupo de diez personas: estudiantes y otros fracasados sociales. Entramos por detrás a una zona de almacén y oficinas que tiene el edificio. Esperamos en un vestíbulo bastante tétrico con luces de neón blanco que parpadeaban y mobiliario tapizado

de un fieltro verde muy viejo; lleno de bolas y quemaduras de cigarro. Era una situación sórdida, como de película de David Lynch en la que está a punto de aparecer una lechuza o una vieja con la cara muy rara; de esas que salen de repente y dicen algo sin sentido que acojona muchísimo y no sabes por qué. También pensé en que podía ser el escenario de una peli de robos setentera; en la que un magnate reúne a varios especialistas en diversos campos del crimen para dar un gran golpe. Aunque no había nadie cachas y el hombre gordísimo de mediana edad no cuadraba en ningún estereotipo. Si hubiese llevado gafas podría haber sido el irónico genio informático...

- Vete al grano.

- El caso, se abrió una puerta y apareció un tipo fumando que hizo las veces de la vieja de Lynch; porque era raro de cojones y abrió la boca para decir: "venís todos por el juego de rol ¿no?". No tenía ni puta idea de que quería decir con eso, pero todos los demás asintieron en seguida. Y ahí me entró un poco el canguete porque: ¿Cómo era posible que fuese el único idiota desubicado? ¿Qué tipo de persona soy que me entero menos de las cosas que un hombre de cuarenta y siete años que hace diez que no se ve los pies?

- Igual los demás tampoco sabían a qué iban pero disimulaban.

- Puede ser. El caso es que el juego me fue muy mal.

- Pero qué coños era el juego.

- Para medir la competencia en relaciones sociales asignaban un rol básico a cada uno, un oficio. Luego nos pusieron en la situación de haber naufragado y estar en una isla desierta. Entonces debíamos discutir quien era el más prescindible. Después de argumentar una media hora larga, se echó al que menos convenció.

- ¿Perdiste?

- Sí.

- ¿Quién te tocó?

- El electricista.

- ¿Perdiste con el electricista? El electricista es fundamental. Puede arreglar y manejar los aparatos del barco, intentar usar la radio...

- Ya, ya sé que el electricista puede arreglar la puta radio. Así se salvó el cabrón de al lado al que le cambié el papel.

- ¿Le cambiaste el papel?

- Sí. El sorteo era con papelitos y mientras se repartían vi el suyo, pensé que era mejor que el mío y le ofrecí cambiárselo en secreto. Aceptó y yo perdí.

- ¿Qué papel era el suyo?

- Da igual, tengo otras cosas que contarte.

- Venga. ¿Qué papel era?

- El artista.

- ¿Cambiaste el electricista por el artista?

- Joder, y yo que sé. Me gustaba más. Cómo voy a defender al electricista si no sé nada de lo que hace. Para mí las lámparas funcionan con magia. Estudio historia del arte, estoy más preparado para defenderlo.

- Puf, el artista es un suicidio.

- Lo que más me duele es que me ganó el filósofo. "La filosofía nos ayuda a vivir en paz con nosotros mismos", decía el repelente. Menuda gilipollez, la filosofía nos ayuda a dar vueltas y vueltas a todas las cosas que nunca entenderemos.

- Y qué vas a hacer ahora. ¿Seguirás buscando?

- Supongo, aunque estoy desanimado. Odio tener que trabajar para encontrar un trabajo. Encima un trabajo de mierda, que es a lo que aspiro. Luego está lo de La Noche Americana. No sé: ambiente cinéfilo, mujeres ávidas de

dependientes con vastos conocimientos en el séptimo arte, libros gratis...

- Elegir entre lo bonito y lo útil ¿no?

- La historia de mi vida. Algún día tendré que empezar a optar por lo segundo.

- Francamente, y sin ánimo de desanimarte, espero que ese día no llegue nunca.

Afuera, la calle. La ventana, la luz que entra. Dentro, la habitación blanca. Los dos amigos se sonríen con complicidad.

- Tenías más cosas que contarme ¿no?

- Me he enamorado.

- Eso tampoco es nuevo.

- No, supongo que no.

- ¿Quién es la afortunada?

- No sé cómo se llama, tampoco creo que la vuelva a ver.

- Muy bien.

- Rubia, rubia, sonrisa de profundos hoyuelos, la piel blanca. La vi sentada en la acera, sola en plena noche frente a la puerta de un bar lleno. Sacó una libreta y se puso a escribir. ¿Qué se supone que tiene que hacer uno en un caso así?

- ¿Hablar con ella?

- ¡Qué va! Me da una vergüenza terrible. No puedo hablar con alguien con el que tengo un flechazo. Mira; mi afición por los flechazos está relacionada con mi afición al cine.

- Sin duda.

- Pues bien, la vida real no es igual que el cine.

- Estoy de acuerdo, aunque me sorprende oírlo por tu boca.

- El caso es que cómo sé, que así, sin estar en una pantalla, mi primer contacto tiene muchas papeletas de ser

mediocre a pesar de mi entusiasmo, pues me atoro. Si conozco a la chica de antemano es diferente, me lo puedo trabajar más.

- Así que tu estilo es: "me he montado una peli, ven y sé la estrella".

- Sí, podría decirse así.

- Hablando con Sonia, hemos desarrollado la teoría de que los modos de ligar de cada persona se pueden resumir en una frase. Cada cual tiene la suya.

- ¿Tú serías...?

- "No puedes hacer que te quiera del todo, aunque te dejaré intentarlo".

- Vaya, realmente lo has pensado.

- Sí. Berta sería: "Conmigo a tu lado siempre parece que estás en tu sitio".

- Rara esa.

- Rara y exitosa.

- A Jimena la veo algo así cómo: "no me doy cuenta de que mi cara brilla".

- Sí, tienes razón. Normal que te vuelva loco, te pega.

- Claro. ¿Y la enfermera, Sonia?

- ¿Ella? No sé, aun tengo que conocerla más.

- Ya, es más difícil cuando estás en proceso de cortejo, porque te estás creyendo la frase y no ves lo que tiene de teatro.

- Bueno, no estamos exactamente de cortejo, pero supongo que es algo de eso hay. Escondemos un poco las debilidades y miserias que menos nos gustan de nosotros mismos. Así somos las personas; actores, personajes.

- Como el little 'tinker.

- ¿Little 'tinker?

- Un corto de Tex Avery sobre una mofeta.

- ¿Dibujos animados?

- Sí; es tan brillante... Siempre he pensado que es la explicación más lúcida que he visto de lo que es el romance.

- Miedo me das.

- La mofeta, que es macho, quiere ligarse a alguna animalilla del bosque, pero tiene problemas.

- Debido a su olor corporal ¿no?

- Exacto. Por eso Cupido le da un libro con técnicas de cortejo que van desde la serenata frente al balcón, a imitar a Frank Sinatra. Pero todo acaba fallando por culpa de la pestilencia.

- Es realmente veraz.

- El caso es que el bichejo, desesperado, opta por el suicidio. Va a beber un enorme bote de veneno, pero el dios del amor le detiene. Le pide que pruebe con el último recurso del libro: el camuflaje.

- Técnica muy practicada en el entorno humano.

- La mofeta ve a una zorra, muy mona por cierto, y ni corta ni perezosa se alarga las orejas y el hocico, se pinta de naranja y blanco, y la aborda. Funciona, se besan y el protagonista se pone loco de contento y se van paseando de la mano.

- ¿Ella no nota su olor?

- Espera, no he terminado; Cruzando un río por encima de un tronco, él tropieza y los dos caen al agua. Se le va la pintura y se ve lo que es, una asquerosa mofeta. Pero cuando mira desconsolado a su lado ve como a la zorrilla se le va también la pintura descubriéndose que hay otra mofeta debajo. Entonces se besan apasionadamente.

- Qué grande. Werther dice que los grandes amores surgen tras una primera impresión de odio o de indiferencia, nunca de un flechazo. Supongo que si te enamoras del disfraz, luego es fácil llevarte una desilusión. Pero si conoces a la persona con la guardia

baja y descubres que su disfraz no te gusta tanto pero sus pestes sí; eso es más serio.

- Al final, guardamos lo peor de nosotros mismos a la gente que más queremos. Nuestro lado fuerte es para todos, pero las miserias las compartimos sólo con alguien especial, como las mofetas.

- Es bonito, pero un poco triste.

- Soledades.

- Al final no traías nada realmente nuevo.

- Bueno, fui a ver a ver la exposición de García Alix.

- ¿Y qué tal?

- Terrible. Cada retrato un espejo. Sales luego a la calle y te sientes como Kane en Xanadú, caminando solo entre infinitos reflejos de uno mismo.

Hora de irse.

- Adiós amigo.

- Adiós Pablo.

- ¿Por qué hablaremos tanto de mujeres?

- Porque nos sentimos solos.

- Hombre, tú puedes salir a la calle.

- Si estás cerca de alguien que se va...

Rubia Mozart

- El otro día vi una niña increíble en el autobús. Llevaba unos pantalones vaqueros ajustados, pero con una sudadera muy larga de algodón blanco por encima que le cubría el culo. Calzaba unas enormes zapatillas de bota ochenteras que subían por el final del pantalón con unas lengüetas gigantescas.

- Un aspecto curioso.

- Y tanto... Y tenía una cara, qué cara. Rubia como...

Julián queda pensativo un momento y continúa:

- Realmente hay pocas cosas que se parezcan al color del pelo rubio claro.

- Es cierto. Se suele decir rubia como el oro o rubio como el sol. Pero ni el sol ni el oro tienen el color del auténtico pelo rubio natural claro. Es un color curioso. Es muy claro y muy luminoso.

- Además... ¿qué mierda de color de pelo es ése? ¿Hay mamíferos rubios? Yo he visto mamíferos con el pelo castaño, moreno, pelirrojo, gris, blanco, incluso azulado. Pero no hay más mamíferos amarillos ¿no?

- Julián, los tigres son amarillos.

- Ah, vaya... es cierto. No se suele decir rubia como un tigre ¿no? Oh, es una comparación realmente buena para una mujer. ¿Verdad?: rubia como un tigre.

- Me gustan las rubias tigre.

- Bueno, pues la niña no lo era. Era más bien rubia ángel, o rubia Mozart.

- ¿Rubia Mozart?

- Sí, como... de suavidad muy intensa y alegre, de ilusión de paz, de que el tiempo se detiene y todo suena porque tiene que ser así, o de que cada facción es así porque así debe de ser.

- Oh, excelente.

- Y llevaba aparato dental. Y tenía la nariz respingona y la piel muy blanca, pero con la nariz y los pómulos tremendamente sonrosados.

- ¿De rosa Mozart?

- Podría ser, pero para no repetir diría... rosa Greuze. Toda ella era bastante un Greuze del siglo XXI.

- No sé quien es "Gres".

- Es un pintor rococó de inclinaciones pederastas.

- Como tú.

- Bueno, tengo mis momentos. Pero son sólo contemplativos.

- La niña en cuestión; ¿qué años tenía?

- No tan niña, hombre. 16 ó 17. Los suficientes para que la atracción sea algo perversa, pero no repugnante.

- Es la línea en la que nos gusta movernos.

- Claro. Aunque aun así, no había nada que hacer.

- ¿Por? ¿Por la diferencia de edad? Tampoco es inmoral, una chica de 16 años es ya una mujercita. Está formada de sobra para disfrutar del sexo contigo o con quien sea ¿no? Tampoco te vas a casar con ella.

- Por supuesto. Pero ¿de qué hablo con una niña como esa?

- Pues de lo primero que se te ocurra. De cosas triviales: un poco de música pop, un poco de lo terrible que es la guerra de Irak. Siempre está el recurso de: "por dónde sales" o "¿vienes mucho por aquí?"...

- Yo no puedo hacer eso, no sé tener charlas insustanciales.

- Pues es fundamental en la vida. No deberías encerrarte tanto en tu mundo de complejas digresiones sobre la realidad banal.

- Lo sé, lo sé. Es terrible, sobre todo con las mujeres. La mayoría de las veces las aburro. Y cuando doy con alguna que encuentra interesante lo que digo, le parece

que ha hecho un descubrimiento alucinante y se enamora de mí. Y como además yo soy también propenso al enamoramiento que da gusto... pues siempre acabo metido en tormentas.

- Tienes que aprender a ser más sereno y más realista. La mayoría de las veces te enamoras de la primera que te parece que te entiende y que es lista; a menudo esas sólo simulan ser listas. Y luego están las rubias Mozart; si tiene 17 años, no es probable que vaya a soportar escucharte mucho rato seguido, y menos a ti en concreto.

- Cada día me haces sentir mejor.

- Pero es verdad.

- Claro que es verdad. Pero es que cómo es posible que una criatura tan preciosa y con aspecto tan mágico, tan maravilloso, no sea un ser increíble también por dentro. Entiendo que sea mala, pero tonta... A mí no me gustan las guapas de aspecto idiota, pero es que tampoco te puedes fiar de las que parecen protagonistas de una película de Woody Allen. La culpa la tiene el cine; Scarlett Johansson nunca aparece en la pantalla como una pija "Clavin Klein", que es lo que debe ser en realidad.

- Bueno, no es sólo el cine. También está el amor cortés en la Edad Media. Y Platón, y los griegos en general, ya tuvieron bastante afición a identificar lo bello con lo bueno.

- Vaya. Supongo que es parte de la estupidez humana, que pretende dar un sentido a todo lo que ve y cuando algo le gusta, ha de haber un arcano motivo para ello.

- Claro, esa es más o menos la base del amor y de la religión. Y del arte también, supongo, e incluso de la psicología.

- Y por eso la relación con nuestros propios cuerpos es tan rara; porque los vemos como algo que es, y nos cuesta concebir lo mucho que cambian, que envejecen, que se pudren.

- Y que enferman.

- Sí, y que enferman.

- Pero aunque entiendas que todo es un invento, da lo mismo: te sigues enamorando igual, viviendo igual. Sigues creyendo. Pensar es creer. Vivir es creer; darle un sentido a las cosas que en realidad no tienen.

- Ya... ¿Sabes cual es una de las cosas que me gustan de Manet? Que se separa del desnudo ideal, del cuerpo idea. Hasta entonces lo pintores pintaban a modelos desnudas y las llamaban Venus. Y los ricos las observaban con un placer erótico nada sórdido. Pero llega él y coge ese eje de relación entre mujer desnuda y observador y lo gira. Tradicionalmente el observador estaba enfrente de la modelo. Pero en el *Desayuno en la hierba* está junto a la modelo, en su misma realidad, pero vestido, gozando plácidamente de la desnudez de ella; incómoda e indefensa. Y tú, pasas a ser un segundo observador que observa a ambos. Y da como pena.

- Porque cae el mito y Venus pasa a ser sólo una mujerzuela.

- Sí, pero también por la misma mujerzuela, a la que llevamos años observando como si fuese una diosa, olvidándonos de que es una persona como nosotros, un montón de carne, pellejo y huesos. Un animalillo que debe de estar pasando bastante frío mientras sirve de modelo divino.

- Nos recuerda nuestro machismo.

- Claro, y más que eso, nuestra estupidez en general. Porque es algo que hacemos todos: creer que hay magia más allá del sexo, en la belleza y en la química que tenemos con las personas que nos gustan. Creer que el revoltijo de emociones y pensamientos difusos que llevamos cada uno en la mollera es una personalidad concreta. Pensar que cada individuo tiene una personalidad clara, pensar que somos individuos, mentes, y no amasijos, monstruos. Ponernos

nombres, ponerle nombre a todo, y creérnoslo. Las pinturas de Manet dan un vértigo tremendo porque se asoman al precipicio de entender que la naturaleza, con la que la pintura llevaba lidiando miles de años, es incomprensible, como todo. Sus modelos andan siempre perdidas, desamparadas. Menos la Olimpia, la Olimpia nos para serena y nos dice: "Eh, aquí estoy yo". Y tiene un aspecto tremendo de carne, de filete, de sin alma; sobre todo su cuerpo separado de la cabeza por la cinta que lleva al cuello. Pero también es genial, aquí sí que es feminista Manet; porque la Olimpia es una iluminada, su único personaje lúcido. Porque en sus ojos seguros está comprendiendo que la cosa de pintar mujeres desnudas nunca ha ido de diosas ni de ideas; en el fondo ha ido de follar y poco más. Y es terrible, pero a ella le da igual, está de vuelta. Su criada negra llega con unas flores y ella ni las mira: "a mí no me vengas con flores. ¿Me deseas? pues venga, dime que me quieres y levanto la mano con la que me cubro el coño. Y así destapo de una vez por todas la caja de Pandora que llevo entre pierna y pierna, para que se escape la Esperanza mientras entendemos entre gemidos y sudores desnudos que no somos diferentes de los perros".

- Bueno, pero aunque detrás de todo esté el agujero negro entre las piernas de Olimpia; tienes que creer ¿no? No podemos evitarlo.

- Sí, sí, no queremos acabar como el sabio maestro zen que se pasa las horas muertas mirando la montaña, sería muy aburrido. Aunque sea, nos creemos la nada de la Olimpia, que ya es parte de la trampa porque es creer en algo, al fin y al cabo.

Pablo, pensativo:

- Me recuerda a una historia sobre Platón.

- Cuenta.

- Platón se va de viaje siendo ya mayor, con la Academia montada y con Aristóteles el científico pensando que al maestro se le iba un poco la fresa.

- Un poeta y un físico no podían llegar a entenderse del todo.

- Claro. Pues el caso, que los críticos con el maestro, capitaneados por Aristóteles, empiezan a poner en tela de juicio todos los argumentos del Demiurgo, la Caverna, el Mundo de las Ideas y demás. Argumentan que cuando Platón dice esas cosas, está convencido de su existencia y que, por supuesto, no tienen sentido alguno; al fin y al cabo eran filósofos y no profetas. Los fieles respondieron en seguida que las acusaciones eran muy burdas, que Platón era un hombre sabio y que los mitos eran sutiles parábolas para explicar sus ideas; que eran verídicos de forma metafórica. Volvió Platón y solucionó el entuerto de la siguiente manera: evidentemente no tenían razón ni unos ni otros. Los primeros por pensar que sus historias eran falsas y los segundos por pensar que eran parábolas. La Caverna se la había inventado él, pero existe. Es tan real, o tan irreal, según se mire, como todas las cosas que son historias que nos contamos para apañarnos y no aburrirnos. Por eso no hay que explicar mucho por qué se sabe lo que sabe, se sabe y punto.

- Increíble, qué genio. Al final el idealista es el más realista. Si no fuese tan reaccionario, me caería bien sólo por lo que me has contado.

- En fin, ¿ves? Éste es el tipo de conversación que no debes de tener con una rubia Mozart de quince años.

- O sí, ¿eh? Ya te he dicho que en raras ocasiones funciona, cuando no salen corriendo caen rendidas. Creo que nunca le he gustado a una mujer a secas; o las espanto o las cautivo. En realidad todo viene de que no sé sonreír, ¿sabes?

- ¿Cómo?

- Si, desde pequeño cuando sonrío tengo cara de loco, así que no puedo más que ponerme muy serio cuando quiero que me respeten un poco. Por eso con las chicas, en vez de tontear, tengo que jugármelo todo a ir en serio.

- Creo que tienes cara de loco de todas maneras.

- Es posible. ¿Sabes lo que realmente debería haber echo con la niña?

- ¿Qué?

- Ponerle una canción, lo pensé después. Si me hago con un adaptador para enchufar dos cascos en el reproductor y llevo unos cascos de sobra; podría sentarme al lado de una mujer que me guste en el autobús y ponerle una canción maravillosa...

- ¿Sabes? No me parece en absoluto una mala estrategia.

Esa noche Julián sueña que bebe vino en la terraza de un café de París en el siglo XIX. Con Platón y la Olimpia, que tiene el mismo rostro que la enfermera de Pablo. Y los tres comparten una alegría altiva y autosatisfecha porque han entendido la realidad secreta de todo. Y esta realidad es un agujero negro, viscoso y peludo, que Julián mira de reojo. Está en el coño de la Olimpia que tiene la cara de la enfermera de Pablo y le inquieta y le atrae. Y mientras simula gran seguridad entre tamaños personajes, no para de echar miradas al agujero, intentando que no se den cuenta. Pero se dan cuenta y le empiezan a hacer de menos.

Esa noche Pablo está en sueños de vuelta en su casa con una rubia Mozart. Empiezan a besarse y a tocarse y ella se asusta; porque es virgen, le dice. Y él responde seguro que ya lo sabía, y le propone un trato en el que sólo harán aquello que a la niña le guste y que en el momento que algo no le guste, él parará de inmediato. Y muy despacio se abrazan y ella no le pide que pare y hay gran cantidad de

olor y de contacto y de sabor y de miradas a los ojos de la rubia Mozart y a su pelo amarillo pálido como la arena de la playa. Los dos se funden en el más amoroso de los coitos.

Airgamboy Nerón

- ¿Qué habrá sido de Daniel?

- ¿Qué Daniel? ¿Dani el guitarra?

- No. El mendigo que nos encontramos aquella vez, después de comer en "Las Hamburguesas".

- Ah, ése.

- ¿No recuerdas?

- Sí, hablaba de fútbol. Estaba al día de todas las noticias deportivas y había jugado en la segunda división checa.

- Nunca olvidé la cara que puso cuando nos íbamos.

- Le dio mucha pena. Supongo que necesitaba hablar con alguien.

Pablo contesta absorto, ajeno a las palabras de su amigo:

- Había viajado por toda Europa huyendo de la miseria. Pero la miseria le había atrapado, aquí, en España, y le había convertido en deshecho. En algo sin derecho a una casa, a una charla o a una mujer. Casi sería menos perverso que los mendigos se muriesen de hambre en nuestro país, pero sobra tanta comida que incluso están gordos, Daniel estaba gordo. En los países ricos hay más gordos pobres que ricos. Las basuras de los supermercados rebosan comida. Gordos pero sin hogar, sin un sitio, y las casas no se regalan ¿sabes? Sin ropa, sin higiene, sin una cierta imagen; nunca podrán estar dentro de nuestro mundo, son desechos, desperdicios. La ropa vieja y la mierda les da un color grisáceo similar al del asfalto y el cemento, como un camuflaje. Recuerdo el subterráneo de Cibeles, que siempre está lleno de pordioseros. Hubo durante años una pintada que decía: "se nota que todo es mentira". Me fijé un par de veces en uno que se dedicaba a robarle el dinero del sombrero a los demás mientras dormían la mona. Menudo

perro, en todos los entornos siempre surgen los mezquinos. Pero en el subterráneo no tienes dinero para comprarte un traje o un coche que lo disimule, y te da igual, porque ya vales cero, hagas lo que hagas, vales cero. Si no te evalúan las demás personas sólo queda la locura. Hacer cualquier cosa, sin sentido. Una vez ahí abajo, qué más da.

- Vaya, estamos de buen humor.

- ¿Y de qué mierda de humor quieres que esté? Llevo con mi madre desde las nueve de la mañana y esta tarde toca familia y amigos. Un montón de gilipollas que un día estuvieron cerca y que hoy vienen por compromiso a compadecerse de mí en grupo. Luego lo hablarán en la cena.

- Yo no vengo por compromiso.

- Ya, pero tú estás sonado, te gusta venir aquí a hablar de gilipolleces en vez de quedarte fuera, donde la vida sigue y podrías hacer cosas.

- Aquí se está tranquilo. Bueno, hoy no.

- Veré a mi hermano que viene a pasar el fin de semana a Madriz. Eso sí me apetece. Nunca hemos estado muy unidos, pero le echo de menos.

- Es tu hermano.

- Claro... Aunque, no sé, llega un momento en el que dudas hasta de qué significa eso.

- ¿Qué dices?

- No sé, me siento cómo el protagonista de *La Metamorfosis*.

- Gregorio Samsa.

- Sí. Me pregunto hasta dónde llega lo que me hace persona ¿sabes? Si te conviertes en una enorme cucaracha purulenta. ¿Sigues siendo una persona? ¿Cuánto tarda la gente en dejar de quererte?

- La gente que te quiere de verdad, te querrá siempre. Incluso si mueres.

- ¿Y por qué? El alma no existe, no hay un Dios que haya decidido que eres humano si eres deforme o inútil. Por eso se permite abortar ¿no? Porque el embrión aún no es humano. Pero entonces, a Gregorio, qué le diferencia de un embrión.

- Un pasado y gente que le quiere.

- Sí. La pobre piedad, qué patético. *La Metamorfosis* siempre me recordó a la historia de un yonqui. La fina línea de degradación que separa a una persona de un deshecho.

- Joder Pablo. Me da igual lo mal que estés; si vas a empezar a hablar como Joseph Goebbles, olvídate. La piedad no es patética, ¿no te lo enseñaron los curas de los que tanto echas pestes? Es de las pocas cosas útiles que deberías haber sacado de ellos. Con Dios o sin Dios; la poca piedad que hay en el Mundo es lo que impide que salgamos con rifles a la calle, a acabar con la gente que nos estorba para dársela de comer a nuestros perros. Lo hacemos de otras maneras; teniendo a esclavos que nos cosen las zapatillas y nos fabrican muebles por piezas. Por eso somos hipócritas, pero intentamos, algunos, guardar un mínimo de decencia humana. Si te escuece estar en el papel de enfermo, te jodes.

- Pero es que la gente no sabe reaccionar. No necesito su ayuda.

- La gente, la gente... La gente somos todos, y somos todos bastante torpes, egoístas y gilipollas en la mayoría de situaciones. Vienen aquí y no saben qué hacer, precisamente por eso vendrán una vez y no más. Aguántate hombre, no te vas a morir por una tarde. Y piensa en tu madre, que está igual de confusa que tú, y en tu padre, que se escapa, y en tu hermano, que estará asustado aterrizando en un avión, sentado en su asiento junto al pasillo,

deseando fumar y dándose cuenta de que no sabe quién coño eres.

- Mi hermano no fuma.

- Bueno, era por añadir un poco de literatura al asunto, deformación profesional.

Un suspiro.

- Supongo que tienes razón. De verdad, qué mierda. Eres la única persona ante la que puedo quejarme a gusto porque no me das la razón cómo a los tontos, y precisamente por ello, tampoco me puedo quejar contigo.

- Tu gozo en un pozo.

- Menudo gozo, orgiástico.

- No te pongas melancólico, no es tu estilo. ¿Recuerdas cuando querías grabar aquel vídeo sobre nuestra vida, nuestras noches, nuestras conversaciones? Querías terminarlo con planos de todos riendo a carcajadas en aquellos momentos de delirio nocturno.

- Si que me acuerdo. Menuda ñoñería.

- Un poco inocente sí era, sí. Pero lo de la risa aun me parece una buena idea. La risa es sabia casi siempre.

- No éramos más que unos niñatos petulantes. Han pasado casi diez años.

- No... ¿Tantos? Casi una década ya... nos hemos convertido en unos niñatos petulantes crecidos. A veces añoro aquellos días tan intensos...

- Bueno, sentimientos de añoranza sobre días mejores no son reales.

- Éramos felices.

- Era por la droga.

- No tomábamos tantas drogas. Bueno, sí. Pero no éramos felices sólo por eso... Creo.

- Quizás yo pueda aclararte la duda, quieren que vuelva a los sicoactivos.

- ¿Morfina?

- No, hombre, esa la guardan para el final. Prozac, o algo similar.

- Vaya. ¿Y no quieres?

- Evidentemente, no. Antes vuelvo al éxtasis y al LSD, y eso que tampoco es una idea que me atraiga demasiado.

- Igual deberías pensártelo; Los antidepresivos funcionan.

- Claro que funcionan.

- ¿Quieres sufrir?

- Joder. Dada la situación, y teniendo en cuenta que hoy me han preparado un maravilloso programa social con amigos, familiares y otros desconocidos que ni yo, ni ellos, sabemos a qué coño vienen aquí; Creo que lo estoy llevando bastante bien. Ejemplarmente bien, incluso.

- Sí, supongo que sí.

- ¿Tú cómo te lo tomarías?

- ¿El qué? Quiero decir... yo odio a mi familia y nunca he sido de grupos sociales amplios, la verdad. Y... yo tampoco querría Prozac. Me gustaría verte alegre ¿sabes? Pero supongo que la situación no se presta a ello y así tiene que ser.

- No queremos un mundo feliz.

- No, no queremos un mundo feliz. Aunque por desgracia cada vez halla más aficionados al Prozac. Mi padre entre otros.

- Huxley adivinó bien.

- Sólo en lo peor. Porque no hay paz, ni limpieza y no ha desaparecido el hambre. Y en África no hay Prozac. La felicidad en tabletas para aguantar el horror y la falta de sentido es un privilegio. A los miserables no hace falta ni engañarlos mucho, están tan desamparados que se tragan cualquier papilla por amarga que sea.

- Y en la Plaza de George Orwell de Barcelona, hay un cartel que advierte de que el lugar está vigilado por cámaras de seguridad.

- Sí, es increíble. Cosas como esa me deprimen como persona y también como escritor. ¿Para qué si la realidad supera la caricatura?

- Confirmado pues. Me prefieres sin Prozac.

- Sí.

Silencio. Pablo, la boca tensa, los labios prietos.

- Quiero luchar todo lo que pueda, y no llorar.

- No seas tan duro.

- Si empiezo no pararé. Nos pasamos el día hablando de lo horrible que es el mundo, pero no hacemos nada para cambiarlo. Casi todos preferimos la evasión. Si realmente sólo me queda ya esta parcela de realidad. Esta habitación, este cubo blanco, esta cama. Sólo me queda mi horror particular, no hay para más. Pues bien, quiero enfrentarme a él de cara. Por lo menos conmigo mismo, un poco de dignidad. Ni una lágrima, Julián. Ni una.

Silencio. Silencio largo.

Después, Julián saca una caja de la mochila y de la caja un muñeco y sus accesorios. Le viste y le coloca su puñal y su lira.

- ¿Qué es eso?

- Supongo que prefieres que no venga esta tarde.

- Casi mejor.

- Airgamboy Nerón.

- ¿Airgamboy Nerón?

- Los muñecos airgamboy representan a personajes genéricos de diferentes épocas y culturas históricas: el pirata, el legionario, el faraón, etcétera. Sólo hay un individuo concreto, un personaje con nombre propio entre cientos de modelos: Nerón. ¿Por qué? No lo sé. Pero lo cierto es que, dibujándole una simple perilla; el rostro

rechoncho del airgamboy, cobra un notable parecido con Peter Ustinov en el papel de Nerón. El emperador que quemó Roma para construirse encima el mayor palacio nunca visto en Occidente y que cuando entró en él por primera vez, dijo: "Al fin puedo vivir como un hombre".

- Es increíble. Gracias.

- De nada amigo. Ánimo esta tarde y feliz cumpleaños.

Ni una lágrima. Ni una.

Barrio lejano

Escalón tras escalón, angustia. Llega al piso, angustia. El descansillo, tan limpio, todo tan limpio. Cuadros de paisaje en las paredes. Viejos y personas preocupadas y personas aburridas. El pasillo. Puertas. Un hombre alto con barba y bata blanca. Alguna puerta abierta, una puerta abierta y dentro alguien prepara un goteo. Sonia la enfermera prepara un goteo. Sonia comparte su mirada de ojos muy abiertos, sólo por un instante. La puerta, la madre de Pablo.

- Hola.

- Hola Julián.

Los ojos secos, qué mujer.

- ¿Qué tal?

- Mal, Julián. Sigue avanzando. Le subieron la dosis y reaccionó muy mal. Ha pasado una noche terrible. Ahora descansa.

- ¿Está mejor?

- No sé. No sé. Le dieron morfina. Duerme.

- Baje si quiere a tomar un café, yo me quedo un rato.

Aunque sea por verle.

- ¿Tienes un cigarro?

- De liar.

- Bueno, ya compro si no.

- Si quiere se lo hago yo.

- Bueno, si me haces el favor te lo agradezco. Es que prefiero no comprar, ahora que lo había dejado.

- Claro.

Momento incómodo. Se tarda en liar un cigarrillo.

- ¿Y qué tal los estudios?

- Bien.

Ya está.

- Tome.

- Gracias, cariño. Subo en veinte minutos. ¿De verdad no te importa?

- No, no. No hay problema.

Sonríe, le tiemblan un poco los labios. Se va. De espaldas aun podría resultar atractiva.

La puerta, la habitación más blanca que nunca. La mesa, el ordenador, las sillas, un juego de póquer con dados, la videoconsola, la tele, *El Conde de Monte Cristo* y *Narciso y Goldmundo*, un dominó, la mesilla, y junto a ella su libreta y el boli al lado, el teléfono y el despertador de manecillas, el armario y junto al armario la cama y en la cama Pablo, de color gris y sobre él un crucifijo. Y además, bañándolo todo: la luz de la Primavera. Mira por la ventana y la luz le obliga a entornar los ojos. Es la primera vez que le pasa este año, hace un día estupendo. Abre un poco la ventana; entra el murmullo de la calle, allá abajo. Coge una silla, la coloca junto a la cama, se pone a leer *Sésamo y Lirios*. Primera página. No puede. De vuelta a la mochila. Pablo tiene mal color, pero respira tranquilo, acompasadamente. El silencio deja oír el sonido del reloj. Piensa en el tebeo que estuvo leyendo ayer; *Barrio Lejano*. Los sueños de infancia no se cumplen cuando creces y si se cumplen no satisfacen. La ansiedad no tiene límites y el pasado pesa, aunque vivimos de él. De él, y de los sueños y de los miedos por lo que pasará mañana. Al final pasa cualquier cosa.

- ¿Juli?

- Sí, estoy aquí.

- Me encuentro fatal.

- Parecías dormir plácidamente.

- Estoy muy sedado, y destrozado a la vez. Es una sensación horrible.

- Ánimo, valiente.

- Tengo miedo de no poder volver a follar.

- ¿Por qué será tan importante?

- No sé, será que en el fondo soy un superficial.

- No, lo es para todos.

- Ya. Siempre está, aunque sea en negativo. Mi abuelo decía que lo peor de Dios es que te quita las fuerzas y te deja las ganas.

- Estar con una mujer desnuda, o con un hombre, seas del sexo que seas, o del gusto, me da igual. Me pregunto si habrá quien sienta eso con una oveja.

- No sé. Yo me conformo con sentirlo una vez más con una chica. Es difícil sentirse tan cerca de alguien cómo en ese momento. Incluso el más libertino, por lo menos algunas de las veces tiene que sentirse desnudo... Y de repente cuentas lo que sea, a alguien que no sabes cómo es. Que te imaginas como es, que quieres que sea... Pero no sabes, quieres creer... Y luego no es, a veces es casi pero no del todo. Como tú tampoco eres... Y algo no se entiende ahí... tan bonita, tan desnudos. Pero luego te vistes y algo hay, pero no es exactamente eso... Siento que se me van los días y me siento así pero al revés...

- ¿Al revés?

- Que va a ser como desnudarse, pero que luego cuando esté desnudo no será...

Respirando con gran esfuerzo.

- Mejor descansa anda.

Julián sonríe a penas. Pablo le mira, muy cansado:

- ¿Qué?

- *Exactly like me*. Una canción de Bran Van. Dice algo así como: "Yo soy tu estado mental, así que ¿por qué no puedes ser exactamente como yo?" Lo que dijiste me recordó.

- Claro.

Se duerme. Ya dormido:

- Julián.

- ¿Sí?

- Si vuelve mi madre dile que no hable alto.

- Claro.

Y aunque ya nadie le oye añade casi susurrando.

- Tu madre me ha llamado "cariño".

Confusión.

Historia de los satélites atrapados en el tiempo

- ¿Estás mejor?

- Un poco. Se me está empezando a caer el pelo.

- No se te nota.

- Ya se me notará.

- El otro día me asustaste.

- Puf. Lo pasé mal, es la quimioterapia. Lo que me pregunto es: si la medicina me causa ese efecto, cómo de malo es lo que combate.

- ...

- Pasé bastante miedo, la verdad. Tuve un sueño horrible: me perseguía un hombre de cara sonriente al que no podía reconocer. Quería quemarme el corazón con cigarrillos y yo me encontraba terriblemente mal; náuseas y muchísima debilidad. Él avanzaba corriendo, con esa sonrisa descarnada en su boca y las colillas haciendo un desagradable sonido al quemar la carne; la suya, creo. Yo tenía ventaja, pero no podía andar. Estaba en la cama de la casa donde crecí. Me tiraba al suelo, me arrastraba hasta la terraza, me costaba una barbaridad abrir la puerta y una vez fuera, con el monstruo ya pegado a mi espalda, conseguía trepar por la barandilla y precipitarme al vacío.

- Y entonces te despertaste.

- No, mucho peor, planeaba y caía suavemente en la calle. Así que debía seguir huyendo. Empezaba a poder correr un poco, aunque a veces me fallaban las piernas y volvía a caer y a arrastrarme. Buscaba desesperadamente suicidarme porque la muerte era mucho mejor que el hombre sonrisa y sus colillas al rojo. Me recordaba al malo de *Twin Peaks*. Para conseguir matarme a mí mismo, trepaba con muchísimo esfuerzo a las fachadas de los edificios y me volvía a tirar, pero nunca caía con fuerza. Finalmente dejaba de luchar y me tumbaba boca arriba. Entonces sí vi

al hombre acercarse hacia a mí, muy muy cerca. Sentí un miedo terrible y me desperté.

- Joder, que cosa más chungueta.

- Sí... ¿A ti te daba miedo Twin Peaks?

- Ya lo creo. Recuerdo que lo empezaron a poner en verano, cuando tenía unos 10 años. Lo veía en la casa de la playa. Los primeros capítulos con toda la familia, luego les dejó de interesar y yo seguí viéndolos solo. Y sí acojonaba, sí. Y además salía Audrey, que era guapísima y estaba como una cabra.

- Siempre me ha llamado la atención la gente que consigue hacerte sentir miedo. Es muy difícil hacerlo bien. Además es una cosa que en seguida queda desfasada; los libros de miedo del siglo XIX ya no dan miedo.

- Y eso que las personas nos pasamos el día sintiendo miedo.

- A lo mejor esa es la clave: Cómo es un terreno que nos conocemos bien, no nos convence cualquier cosa.

- No sé, también todo el mundo se enamora y es bastante menos complicado hacer una historia de amor convincente.

- Pero no nos pasamos el día enamorados. Bueno, al menos no todos.

- ¿Y pasamos el día sintiendo miedo?

- Yo creo que sí.

Julián arquea las cejas y responde con énfasis:

- Es tremendo, somos esclavos del miedo.

- Esclavos... ¿Cómo era eso del miedo y la esperanza que decías siempre?

- Es una cita de Séneca; le escribe a Lucilio elogiándole por tratar a sus esclavos con cariño y cercanía. Y le dice que no hay que sentirse superiores porque al fin y al cabo todos vivimos esclavizados. Unos de una mujer, otros de algún vicio... todos esclavos de la esperanza, todos esclavos del miedo.

- Está bien. Aunque es triste. Reconoce la miseria humana.

- Ya. A veces pienso que la miseria no está tan mal. Sentirnos fuertes nos permite abusar de los otros, la debilidad es inocente.

- ¿A ti qué te da miedo?

- De niño me daba miedo el video de *Thriller* de Michael Jackson, en el que salían zombis. También la historia de *Los chicos del maíz*: Una comunidad de niños satánicos, que matan a los adultos para poner sus propias reglas. El jefe de los niños acojonaba. Además, el maíz... yo veraneo en Galicia desde pequeño y los campos de maíz son misteriosos. Galicia es tierra de superstición y eso hace que halla más cosas que dan miedo: La Santa Compañía por ejemplo.

- ¿Y cosas reales?

- No tengo muy claro qué es real y qué no. Pero la verdad es que no me producen tanto miedo las cosas terrenas. Bueno, a un nivel más amplio sí: la guerra atómica, los cataclismos ecológicos... Pensar que mis hijos, si los tengo, vivirán en un mundo sin osos y sin tigres. Con lo importantes que son los osos y los tigres en las mitologías; El Oso y el Madroño o Shere Khan, del *Libro de la Selva*, serán cuentos de animales que no existen. Como si fuesen dragones. Eso me da miedo.

- ¿Y tus pesadillas van por ahí?

- La verdad es que sí; suelo soñar más con Satán o con cataclismos apocalípticos que con asesinos.

- A mí la vergüenza me daba miedo. Solía tener el típico sueño en el que de repente te das cuenta de que estás desnudo y no sabes qué hacer. Y cuando me drogaba mucho, sobre todo con los alucinógenos; me entraba la paranoia de que me estaba cagando encima.

- Claro, cómo olvidar la vez que aquella amiga de Alberto empezó a tontear contigo, y tú no parabas de

tocarte el culo en vez de tocárselo a ella; que es lo que la chica pretendía.

- Es cierto. Lo peor del asunto es que yo veía a la chica en primer plano, y a ti de fondo partiéndote de risa. Y no tenía claro si no te reías porque realmente me había cagado.

- Aun así acabó cayendo.

- Sí, pero no sé qué fue peor. Porque cuando tocaba su culo notaba también algo raro y en un momento de bastante excitación; paré el ritmo, la miré a los ojos y le dije: "Oye, ¿no te habrás cagado?".

Ríen tanto, que Julián tiene que hacer un esfuerzo para vocalizar:

- Pobrecilla, qué cara puso.

- Cuando río no me siento esclavo de miedos y esperanzas.

- Ya. Aunque la risa también destruye; Acabas siendo esclavo del sarcasmo y del escepticismo.

- A veces me pasa, sí.

- Y a mí.

- Y la esperanza... ¿Cuáles son tus esperanzas?

Julián apura el líquido de la lata roja, se lo piensa, y dice:

- Ya las conoces ¿no? Encontrar a la mujer perfecta. Vivir de escribir. Me conformaría con eso, que es bastante... A veces... bueno, esto es un poco vergonzoso.

- Dime.

- A veces sueño que consigo el Premio Nóbel de Literatura y me monto la película de qué discurso daría.

- No es vergonzoso.

- ¿Y tú?

- ¿Mis esperanzas?

- Claro.

- Puf... curarme... Aunque sobre todo empiezo a tener esperanzas en pasado. Anhele haberme portado mejor con Berta, haber seguido dibujando o patinando, haber estudiado Bellas Artes o Cine...

- ...

- ¿Sabes? Sin miedos y esperanzas nos veríamos obligados a vivir la vida en activo. Seríamos más difíciles de controlar. Supongo que la propaganda, al fin y al cabo, está para evitarlo: Te prometen que vas a conseguir cosas que deseas, aunque no supieses que las deseabas, y que no te van a ocurrir cosas que temes. Y eso es aplicable a los anuncios de la tele, al Antiguo Testamento y al nazismo.

- Bueno, pero las esperanzas son reconfortantes.

- Claro. No es malo tener sueños, sobre todo si son tuyos y buenos, y si además se cumplen. ¿Sabes? Me gustaría verte dando el discurso del Nóbel.

- Lo ansío desde crío. Cuando empecé a querer ser escritor aunque aún ni siquiera leía muy bien. Recuerdo que mi prima me dio un tebeo gordo de historias de Disney; porque ella había crecido y ya no le gustaba. Había varios capítulos, bastante apestosos todos. Uno de ellos era una historia de la carrera espacial de los satélites, llamado: *Historia de los satélites*, de corte muy nacionalista yanqui. El siguiente era una aventura de Mickey, que probaba una máquina del tiempo defectuosa que había inventado el pato ese que era científico; se titulaba *Atrapados en el tiempo*. La primera vez que leí el índice entendí que "Historia de los satélites Atrapados en el tiempo" era el título de un solo cuento. Me decepcionó mucho no encontrar algo con tan sugerente tema. Siempre quise escribir una historia titulada así: *Historia de los satélites atrapados en el tiempo*. Y aún quiero, he desarrollado el concepto: los satélites dan vueltas en

círculo sin parar, parece que avanzan pero no lo hacen. Pero a la vez no escapan por ello al tiempo ¿No?

- Te sigo: un satélite atrapado en el tiempo es como una persona que envejece, mientras el presente se le va en mirar a un futuro lleno de miedos y esperanzas, que no llegan porque en realidad camina en círculos mientras se acerca a la muerte.

- Algo así.

- Pues es de lo más deprimente.

- Hombre, se supone que la moraleja es que no hay que dejarse atrapar del todo por la órbita y vivir el momento. De hecho la frase de Séneca, que es en realidad una especie de cita de algo que ya dijo Cicerón, tiene otra máxima enfrentada: "Nec spe, nec metu".

- ¿"Nec spe, nec metu"?

- "Ni esperanza, ni miedo". Se lo hizo un humanista a Isabella d'Este, como lema heráldico. Responde a la carta de Séneca. Es como decir que gracias a su virtud y nobleza estaba por encima de ambas cosas. Felipe II también lo usó.

- Ya...

Pablo queda pensativo, pierde la mirada y, de repente, sonrío.

- ¿Qué pasa?

- Nada, me he planteado por un momento si prefería vivir con o sin miedos y esperanzas y me ha venido un chiste a la cabeza.

- ¿Qué chiste?

- Un reportero pregunta a un tipo por la calle: "Oiga. ¿Usted que opina del conflicto palestino israelí?" Y el tipo contesta: "A mí lo que me gusta es que me chupen la polla".

Ambos se sonrían. Pablo:

- Pero toda la historia de Séneca y la otra cita... Es bonita. Creo que se la contaré a Sonia. Me gustaría

impresionarla un poco ¿Sabes? Me da miedo dejar de gustarle cuando me quede sin pelo.

- ...

Julián se queda sin palabras por tercera vez esa tarde. No suele ocurrirle. Pablo le ayuda:

- Oye, estoy algo cansado.

- Ah, claro. Sí, me voy ya. Tengo cosas que hacer.

- Hasta luego Juli, cuídate.

- Adiós, descansa.

Bomarzo

A punto de entrar, la puerta se abre. Sonia. Pelo castaño recogido, aspecto lozano. Julián nunca ha hablado con Sonia.

- Hola.

- Hola.

- ¿Qué tal está?

- Cansado, pero puedes pasar. Acaba de despertarse.

- Vale, gracias... ¿está su madre?

- No. Su padre pasó la noche, pero tuvo que irse a trabajar. Ahora está solo.

- Bien.

Sonrisas tristes. Sonia se dispone a seguir su mañana.

- Oye.

- ¿Sí?

- ...

Ella espera.

- ¿Va bien?

- ...

Silencio. Se acerca un viejo en pijama arrastrando un goteo, una señora le ayuda a caminar.

- Hoy necesita reposar. Hay que tener paciencia.

- Ya... Gracias.

Sonrisas tristes.

En la habitación:

- Hola compañero.

- Hola Juli. ¿Qué tal?

- Bien, quise llegar antes, pero el autobús tardó una eternidad. Creo que va a acabar con mis nervios. ¿Qué tal tú?

- Cansado. Te acabas de cruzar con Sonia. ¿No?

- Sí, la saludé.

Pablo en silencio. No se ha incorporado. Se escucha el sonido de las agujas del despertador. Julián:

- Está buena.

- Sí... ¿Qué estás leyendo?

- Terminé el de Ruskin y el *Satiricón*. Voy a empezar con *Las amistades peligrosas*.

- ¿Lo llevas ahí?

- No, llevo el *Satiricón*.

- Léeme algo.

- ¿Te encuentras bien?

- Me pusieron algo de morfina tras la sesión.

- ¿Estás pedo?

- Supongo que sí.

Se ríe sin moverse apenas. Le cuesta hablar.

- Está bien, te leeré algo. Es un fragmento de Petronio; no es del *Satiricón*, pero venía en la edición que compré con otros fragmentos sueltos. Va sobre sueños, es bastante bueno.

Julián abre la mochila y saca el libro.

- Te lo leo:

"Los sueños que burlan nuestra mente con sombras vaporosas no nos los mandan los santuarios divinos ni las deidades del cielo, sino que cada cual se los forja a sí mismo."

- Vaya, qué moderno.

- ¿Verdad? Pues lo mejor es lo que viene ahora.

- ¿El libro se parece a la película de Fellini?

- Sí, bastante. Fellini le da su toque, pero es bastante así: Satiriza sobre la decadencia al tiempo que se recrea en ella.

- Sigue.

- Haber, "...si no que cada cual se los forja a sí mismo. Pues, cuando el descanso se apodera de nuestros miembros relajados por el sueño y la mente ingábrida..."

- ¿"Ingábrida"?

- "y la mente ingrávida se evade, se representa en las tinieblas cuanto pasó de día. Quien ataca en guerras plazas fortificadas y arrasa mediante el fuego desgraciadas ciudades, ve flechas, tropas en retirada, y muertes de reyes, y campos empapados con la sangre derramada. Quienes suelen defender pleitos se representan las leyes y el foro, y, nerviosos, hasta el tribunal rodeado de público. El avaro esconde sus riquezas y descubre un tesoro enterrado; el cazador bate con su jauría los bosques; el marinero arranca a las olas su embarcación o, varada ésta, se sostiene encima a punto de morir; escribe la querida a su amante, la adúltera hace regalos; el perro, en sueños, sigue ladrando el rastro de la liebre. Las heridas de los desgraciados perduran a lo largo de la noche."

- Vaya... ¿Tú sueñas?

- Claro, todos soñamos.

- ¿Pero te acuerdas bien de los sueños?

- A veces. El otro día soñé que de repente me empezaba a crecer una larga melena. Me gustaba, pero pasado un tiempo me convertía en Rosendo, el roquero.

Pablo no escucha, espera a que Julián calle y empiece a hablar.

- Ayer soñé que iba a visitar a Miguel Ángel al hospital porque estaba moribundo.

- ¿Miguel Ángel el escultor?

- No, Miguel Ángel, un chico que conocí haciendo graffitis. Era el que mejor pintaba. Nos llevamos bien, pero no volvimos a quedar... Soñé que le iba a ver al hospital. Había que hacer cola para entrar, como en el funeral de Lola Flores. Cuando paso está allí, en su cama blanca, en una habitación preciosa, con chimenea. Junto a la chimenea sus padres, de aspecto muy distinguido, como ingleses antiguos. Me toca verle, me acerco, le digo que

tengo el último disco de Björk, que es maravilloso y que se lo dejaré. Pienso que es un buen disco para pasar sus últimos días, pero eso no lo digo.

Pablo respira.

- No te canses anda.

- Ya acabo. Estaba delgadísimo, parecía una calavera. No sé de qué hablamos pero en seguida tengo que irme. Cuando voy a levantarme algo pasa. Se nos aparecen dos mujeres: bajitas, con aspecto de señoras madrileñas populares. Una es más regordeta y desaliñada, la otra delgada, de porte estricto y ordenado. Son musas, se nos han aparecido dos musas. Es increíble, somos elegidos. En realidad, se han aparecido a Miguel Ángel en su lecho de muerte. Mi privilegio especial se reduce a poder verlas. La visión nos llena de alegría. Entonces le digo que a mí nunca vendrían a verme dos musas. Y él me responde que yo hago que se le aparezcan a otra gente. Y yo le contesto que lo suyo es mucho mejor. Y nos entra un ataque de risa incontrolable. Me desperté.

Pablo no mira a Julián.

- Yo una vez soñé que vivía en una especie de futuro limpio y aséptico. Íbamos vestidos con batas blancas y llevábamos espadas, algo parecido a samuráis. Se había descubierto la fórmula de la inmortalidad y se habían formado dos bandos: Los pro inmortalidad; desarrollistas a ultranza y partidarios de entregarse a la vida eterna, que iba asociado a dejar de comer alimentos naturales y a darle la espalda del todo a la naturaleza. Y los anti inmortalidad; que querían volver a la comunión con la naturaleza, a arar el campo y a morir. Yo, aunque creo que no lo sería en la vida real, era de los pro inmortalidad. Sucedian una serie de aventuras extrañas que no recuerdo bien. Luchábamos contra los naturistas para hacernos con la fórmula que otorgaba la vida eterna, y en el bando

contrario estaba la mujer de la que estaba enamorado y ella me correspondía. Finalmente ganábamos. La fórmula se ponía a disposición del que la quisiese y sólo algunos reductos rebeldes optaban por seguir siendo perecederos. Entre ellos, mi chica. Iba a verla a una comunidad apartada. Era una especie de enorme cubo blanco, con el techo altísimo y tierra cultivada en el suelo. Discutíamos por nuestras ideas, acabábamos desenvainando y luchando. Tras dura batalla, vencía yo acertando una estocada en su pecho, pero no clavaba mi espada. Para mi sorpresa, y llorando con rabia, ella misma presionaba el filo y se hundía la hoja bien dentro. Y mientras aun estaba perplejo hacía lo propio con su metal en mi corazón. Pero ella no moría, a pesar de sus ideas ya había tomado la fórmula; para poder estar conmigo. Lo absurdo es que yo, en cambio, no la había tomado por el mismo motivo. Así, terminaba mi vida en sus brazos, mientras llorábamos tristes y felices a un tiempo.

Pablo termina de escuchar con los ojos entrecerrados.

- Jesús, que bonito. ¿De verdad soñaste esa mierda?

- Sí.

- Tienes subconsciente de escritor.

- Sólo me falta el otro 50%.

- ¿Por qué soñamos?

- Puf, eso no lo sabe nadie. Es raro, mientras dormimos soñamos sobre todo en determinados intervalos en los que nuestra mente entra en un estado de gran actividad: el sueño MOR. Pero esta fase no depende mucho de la inteligencia ni de la complejidad del cerebro; casi todos los mamíferos sueñan. La longitud del sueño MOR de cada animal depende del tiempo de gestación; cuanto más crecida sale una especie al mundo, menos sueña. Por eso los delfines sueñan muchísimo menos que los canguros.

- Los canguros...

- Los sicólogos tienden a interpretar que se sueña como respuesta del subconsciente a los conflictos de la vigilia, y como medio para ordenar toda la información adquirida por la memoria reciente. Así, los sueños nos preparan para la vida: organizan nuestra mente y nos ayudan a enfrentar nuestros miedos y frustraciones, o simplemente nos los manifiestan..

Pablo duerme. Julián baja la voz.

- En el parque de Bomarzo hay esa gruta de la que te enseñé fotos. Es la cara de un monstruo con la entrada en su boca que te invita a ser devorado. En su labio superior, justo sobre la cabeza de los que cruzan el umbral, está escrito: "Ogni pensiero vola"; "todo pensamiento vuela". Hay amigo, si nuestra mente es tan inconsistente como la realidad; ¿nos ayuda a su vez la vida a acarrear con nuestros sueños?

Pablo respira acompasadamente. Julián guarda el libro en su mochila con cuidado de no hacer ruido. Antes de salir pone la mano sobre la cabeza de Pablo.

- Adiós, amigo.

Con el contacto se lleva algo de pelo.

El año que vivimos peligrosamente

Julián observa a Pablo dormir. Vino para nada. Cosa rara es el silencio, más que el silencio, la sensación de recogimiento. Se escucha el "run run" de la ciudad, pero suena hueco. Cómo cuando de crío despertaba un Domingo por la mañana y oía a su familia hablando en la cocina. Sonidos lejanos, ajenos. Sensación de paz. ¿Qué está pasando? Ese momento, en la habitación, parece el punto en medio de una línea. Todo el pensamiento es un escudo para no sentir el vacío del punto en medio. Todas las cosas bonitas y graciosas. Toda la cultura pop y la cultura que se confunden en su cabeza. Su aliento. Y si Pablo se va, una vez más, hoy empieza todo. ¿Por qué escribir? ¿Por qué protestar? ¿Por qué seguir? ¿Por qué disfrutar? ¿Y si de repente deja de ser gracioso? No parece tener ninguna gracia en este instante. "En este instante", "instante", es real, pero un momento y, zas, ya no existe. ¿Qué está pasando? Y si Pablo se va, cuánta pena. Pero no hay llanto que dure un año, y eso es terrible. Terrible. Ni si quiera eso se puede agarrar, se evapora, se deshace como el humo. Como la risa que está delante y detrás de todo. En un mundo sin memoria como la cabeza de Peter Pan. En la playa se agarra un puñado de arena y se aprieta mientras se escurre. Luego quedan el hueco y algunas migajas. Agua de la luna.

Entra Sonia. Habla con cuidado para no despertarle.

- Hola.

- Hola.

- Vengo a cambiar el goteo. Es un momento.

- ¿Por qué se lo habéis puesto?

- Duerme mucho y hay peligro de que se deshidrate.

Sonia cambia la bolsa de plástico deprisa y en silencio. Termina, se va.

- "¿Qué debemos hacer?"

- ¿Perdona?

- Pablo me dijo que te gustaba *El año que vivimos peligrosamente*.

Sorprendida.

- Ah, sí.

- Es lo que escribe Linda Hunt antes de suicidarse.

- Ya...

Se dispone a irse. Desde la puerta:

- Oye. ¿Estás bien?

- Sí.

- ¿Por qué no vuelves otro día? Lo que más le conviene es dormir. Su madre vendrá a verle esta tarde..

- Sí. Mejor me voy.

Y ya los dos en el pasillo. Él:

- Gracias por preocuparte.

- Nada. Vuelve en un par de días, estará mejor.

- Claro.

- Oye...

- ¿Sí?

- Piensa siempre que se va a curar. Es lo mejor.

- ¿En serio?

- Sí.

- Pero ¿Y si no se cura?

- Bueno, eso ya se verá en su momento. Pero se va a curar.

- ¿Es lo que haces tú con los pacientes?

- Más o menos.

- Y qué pasa cuando se mueren.

- Pues... me voy insensibilizando, pero en algunos casos es... sigue siendo muy jodido. Pero bueno, también los hay que no se mueren.

- Ya. Tiene que ser duro.

- Hay días.

- ¿Por qué te hiciste enfermera?

- Puf... Vamos a ver... No saqué nota para medicina y estaba muy emperrada con curar el cuerpo. Así que me metí a enfermería. Lo veía casi como algo que debía hacer.

- Está bien.

- No sé... Yo era muy idealista ¿Sabes? Casi demasiado. Cristiana. Y muy política; pensaba que el anarquismo podría arreglar el mundo...

- Quien sabe.

- ¿Tú crees?

- No, yo siempre he sido muy desengañado.

- Pues eso. Para cuando me fui centrando un poco ya estaba metida en esto...

- ¿Y no te gusta?

- Sí, pero no es tan emocionante. Hago de todo un poco. Y además he acabado en una clínica privada, es un poco raro... Aunque a veces es bonito. Por lo menos no es exactamente como ir a una oficina.

- Me imagino. ¿Aún eres cristiana y anarquista?

- No lo sé. Más o menos, creo. O no...

- "Agua de la luna".

- ¿Y eso?

- Es de *El año que vivimos...*

- Ya lo sé, dicen que es una expresión que se refiere a lo que no se puede conseguir.

- Pues eso...

Sonia es una mujer ancha y delgada. Se la ve limpia y buena en su bata blanca. Julián no entiende de sí, cómo es capaz de sentirse atraído por ella en esta circunstancia; Junto a su amigo enfermo que además alberga en ella una ilusión. Agua de la luna.

- Ya... La verdad es que según creces cuesta más creer.

- No sé... Mira, anarquista creo que ya no soy porque no creo que haya una solución a todo el egoísmo y la

mezquindad de las personas, de algunas personas. ¿Pero sabes lo que pienso ahora?

- ¿Qué?

- Que no voy a dejar que esos hijos de puta me hagan pensar que la vida no merece la pena.

- ¿Y eso cómo se hace?

- Pues disfrutando de las cosas pequeñas. ¿No? Es lo típico que se dice, pero es así.

- Supongo que sí.

- Hay una canción francesa que dice: "Padre nuestro que estás en los cielos, quédate allí. Que nosotros nos quedaremos sobre la tierra; que es, algunas veces, tan bonita." Y el tipo habla luego de cuando esté muerto; que entonces tendrá viento dentro del cráneo, y hierba sobre los huesos...

Julián sonríe.

- Qué bonito.

- Ya, no sé...

Silencio. Sonia:

- Oye, que tengo que seguir trabajando. Anímate ¿Eh?

- Claro.

Y mientras ella se aleja, él quiere decir algo más:

- ¡Gracias!

Gira la cabeza, una sonrisa, se va con su bata blanca. Espalda ancha, de frente la bata dejaba ver su clavículas marcadas. Ni siquiera se han presentado. Agua de la luna.

Heroes

- ¿Qué personaje de película eres y cual te gustaría ser?

- Santo Dios, ya estamos con esas gilipolleces otra vez.

- Venga, es un experimento interesante. ¿Quién eres y quien te gustaría ser?

- ¿Personajes de películas?

- De películas o de series de televisión.

- Empieza tú.

- ¿Por qué siempre tengo que empezar yo?

- Porque eres el que inventa los juegos estúpidos.

- Mira, ahí le has "dao".

Julián se toma un momento y continúa:

- Sin duda quiero ser Jerry Seinfeld.

- ¿Jerry Seinfeld?

- Sí, el humorista de la serie de televisión.

- Pero podrías ser Indiana Jones, o M. A. del equipo A, o James Bond, o Conan.

- Mmm... James Bond es tentador, pero no. Nadie es tan feliz como Jerry Seinfeld. Por un lado no tiene nunca ni grandes problemas, ni grandes ambiciones. Por otro lado es un neurótico, así que no se aburre, porque cualquier estupidez le supone un conflicto. Pero es consciente de su neurosis, la disfruta. Además tiene relaciones con el tipo de mujeres que a mí me gustan: no son despampanantes, si no terriblemente atractivas, especiales, intelectualoides neoyorquinas... ¿Qué más se puede pedir?

- Es básicamente un adulto con la mente de un niño de 13 años, que liga con mujeres atractivas, vive en Nueva York, tiene una posición económica desahogada y cobra por contar chistes.

- Exacto, y además sus amigos están todavía peor de la cabeza que él.

- Ése es tu modelo.

- Ése es mi modelo.

- No sé si me estarás pegando tu ineptitud, pero creo que lo entiendo.

- Seinfeld es el rey. ¿Sabes que dejó el programa en pleno apogeo de audiencia? Creo que aun es la sitcom con mayores índices de la historia; 75 millones de espectadores.

- ¿Por qué lo dejó?

- Larry David, el amigo que creó con él la serie, la había abandonado dos años antes porque no soportaba tanta presión. Seinfeld había perdido a su comparsa y algunos críticos empezaron a decir que la serie estaba empeorando un poco. Para mí no es cierto, las dos últimas temporadas siguen siendo geniales. Pero él consideró que aunque todavía iba bien, empezaba a correr el peligro de agotarse. Así que lo dejó antes del principio de la decadencia. Y nadie pudo convencerle. De hecho es la persona del mundo que más dinero ha rechazado por un contrato de trabajo.

- Vaya, eso es bonito.

- Sí.

- ¿Pero tú quieres ser él o su personaje de la serie?

- La serie es autobiográfica y él se interpreta a sí mismo; así que viene a ser lo mismo.

- Ya... No está mal, no está mal. Jerry Seinfeld; verosímil y ambicioso a un tiempo. Ahora contrastemos con quien eres en realidad, con quien te identificas..

- Éste es un asunto peliagudo... algunos me han visto semejanzas con diversas alimañas de los dibujos animados; como la Ardilla Loca.

- No voy a preguntar qué es eso.

- Pues es una lástima, porque tiene miga. Pero sigamos; también hay quienes me han querido ver puntos en común con Hannibal Lecter.

- Me incluyo en ese grupo.

- Pero con quien realmente me identifico es con Carter Duryea.

- ¿Quién es Carter Duryea?

- El protagonista de *In good company*: Un chaval de 25 años al que le encargan presidir una empresa. Todo parece demasiado grande para él, todo fuera de control: demasiado nervioso, piensa demasiado y parece no saber diferenciar cuando lo hace bien y cuando lo hace mal. Se lía con Scarlett Johansson...

- Empiezo a comprender la identificación.

- Se lía con ella, pero no funciona, lo dejan. Al final de la película se reencuentran. Pero no están solos, un tipo que no sabe lo suyo no para de hablar. El tipo, mientras habla, dice: "timing is everything". "Timing", qué gran palabra, usar la palabra "tiempo" como verbo. Significa hacer las cosas en el momento apropiado; eso lo es todo. Se miran y ella coge el ascensor, y ya está. Ése soy yo, el que no sabe encontrar el momento apropiado.

- Ya... todos los somos, supongo.

- Unos más que otros. ¿Y tú?

- Mmm... tendría que reflexionar. Seguro que tú lo traías preparado de casa.

- La verdad es que sí. Pero igual cuanto menos lo pienses, mejor. Así sale más espontáneo.

- Está bien, quiero ser Rick. Bogart en Casablanca.

- Oh, qué clásico.

- Ya, simplemente es admirable la forma en que se sacrifica por ella, manteniendo el tipo. Al final se queda solo con su colega.

- Vaya, entonces yo sería Laszlo, el colega. Me gusta.

- Sí, tú serías Laszlo y este podría ser el principio de una bonita amistad.

- ¿Y quien eres?

- Soy Jack Lemon. En *El Apartamento* o en *Irma la dulce*.

- Muy bien. Un miserable patético, pero con buen corazón.

- Algo así.

- Que al final consigue a la chica.

- Sí, consigue a la chica.

Las palabras quedan en el aire y Julián ve una sonrisa maliciosa en la cara de Pablo.

- ¿Qué pasa?

- Ayer llamé a Berta.

- Anda. Mira a Jack Lemon, qué rápido trabaja.

- No sé, estaba muy contento por encontrarme mejor. He pasado unos días tan horribles... Me he separado de casi todo el mundo; quedan pocos con los que realmente siento que pueda hablar. Al menos por ahora.

- Qué más da. Era muy bonito lo de mantenerla alejada en los malos momentos. Pero también está bien reencontraros así. Al final, todos somos más Jack Lemon que Humphrey Bogart. Últimamente pienso mucho en los héroes, en ser héroes o no. Supongo que crecer es olvidarse de ser héroes y empezar a apañarse.

- ¿Crecer? Qué cosas tan raras dices. ¿Estás creciendo Julián?

- Pues... no me lo creo ni yo. Pero puede que sí, puede que ya fuese hora.

- ¿Y crecer es ser Jack Lemon?

- Crecer es aceptarse como el Jack Lemon que somos, supongo.

- Señor Carter Durea, es un lástima que no encuentre sus momentos, porque tiene usted la sabiduría necesaria para aprovecharlos.

- Me vas a ruborizar.

La primavera ha llegado con su luz al cubo blanco de Pablo. Optimismo.

- Además, al fin y al cabo los mejores héroes son los menos heroicos. De hecho, los primeros y más grandes héroes de Occidente son un par de tipejos bastante despreciables.

- ¿A quien te refieres?

- A Aquiles y a Ulises.

- Teoría peregrina a la vista.

- No es del todo peregrina. A Aquiles le dotan de toda la fuerza y el favor de los dioses. Pero es un mariquita. Y no me refiero sexualmente, que también; de hecho le daba a pelo y a lana, pero eso no está reñido con la heroicidad. Me refiero a que cuando Agamenón le quita a Briseida, se enfada y dice: "pues ahora no peleo". ¿Qué clase de disciplina militar es esa? ¿Cuántos años tiene? ¿Siete? Luego su novio Patroclo, haciendo gala de bastante más coraje, se pone su armadura y hace lo que puede. Pero Héctor le mata y Aquiles se queda sin colega y sin armas. Entonces se va a llorar a su madre. ¡A llorar a mamá! ¿Se puede ser más patético? Su madre le consigue un nuevo equipo con el que vence a Héctor, que sí que es un héroe como Dios manda. Y Aquiles ni honor con el enemigo caído ni leches: Se dedica a arrastrar su cuerpo desnudo frente a Troya, con toda la familia del caído contemplando el espectáculo. Además de mal perder, mal ganar; Un engendro.

- ¿Y Ulises?

- Ulises me cae mucho mejor. El típico que se sale siempre con la suya. Pero como aquellos que triunfan en el mundo real; rateando. Los héroes de la Historia suelen ser cómo Ulises; astutos. Ulises no presenta una gran suficiencia ante los problemas, se apaña, y su motivación es simplemente volver a casa con su familia. A veces le salen las cosas mejor y otras peor; tarda años en volver de

Turquía a Grecia, pierde a muchos de sus hombres, llega hecho un abuelo y ni su familia le reconoce. Pero llega, y por el camino ve todo tipo de maravillas y vive toda clase de aventuras.

- ¿Y por qué te cae mejor?

- No sé, tal vez porque le admiro. No se me da muy bien ratear.

- Pero Rick es heroico y es grande.

- Pero justo por lo contrario, ahí está el truco. De Aquiles te esperas que actúe con rectitud total, por eso es tan jugoso que sea un pusilánime. En cambio Rick, parece un caradura, un Ulises, una rata. Pero es tan romántico que en el último momento se sacrifica por ella. Y con clase, sin darle importancia.

- ¿Entonces somos Ulises, Aquiles o Rick?

- No, no, ¿no te acuerdas? Nosotros somos Jack Lemon y Carter Durea.

- Ah, es cierto.

- Pero si algún día nos tocan tiempos más cruciales que vivir, si nos toca ser héroes; seremos ulises o ricks.

- Sólo si se dan las circunstancias.

- Claro, casi siempre los héroes salen o se inventan cuando toca, igual que los genios.

- Me recuerda a la película de *Héroe por accidente*. Con Dustin Hoffman haciendo de tipo despreciable en la vida cotidiana, que cuando se da la ocasión se comporta como un héroe.

- Qué grande Dustin Hoffman.

- ¿Quién era tu héroe de crío?

- Mmm... no sé, me encantaba Donatello.

- ¿El escultor?

- No, la tortuga ninja.

- ¿Una tortuga ninja?

- También Garfield, el gato. Ese gato sabe cómo montárselo.

- Fuiste un niño raro ¿verdad?

- Eso solía decirle mi abuela a mi madre. ¿A quien admirabas tú?

- A jugadores de fútbol, a Francisco de Asís, mi abuelo me contó la historia de Gandhi y me fascinó. A mi padre también, supongo. Me decían que era abogado y que defendía a la gente inocente.

- ¿Qué tal con él últimamente?

- Bien, como siempre. Sin mucho de que hablar, pero le aprecio. Era más fácil para todos cuando era un héroe.

- Ya. Quizás es una razón para ser padre.

- ¿Cual?

- Poder ser el héroe de alguien durante algunos años.

- Cómo en la canción de Bowie.

- ¿Heroes?

- Sí: "podríamos ser héroes, sólo por un día".

- Lo malo es que un día dejas de ser héroe, es ley de vida.

- Sí, es algo que tiene que hacerte sentir viejo.

- ¿Te das cuenta de Bowie? Qué tipo tan listo: "cambios", "héroes". Sabe de qué hay que hablar.

- Lenon tiene la canción *God*: Es emocionante cuando empieza a decir que no cree en Jesús, que no cree en Budha, que no cree en Kennedy, que no cree en Elvis ni en Dylan, que no cree en los Beatles. Qué sólo cree en él y en Yoko. Está bien como adiós al sueño hippie, sobre todo viniendo del líder de los Beatles.

- Sí. Y Bowie le responde ¿sabías?

- ¿Cómo que le responde?

- En su tema *Afraid*, "asustado", de uno de sus últimos discos. Dice que pone su cara en el mañana, que cree que no estamos solos, que cree en los Beatles y que cree que su

pequeña alma ha crecido. Pero que aún así está asustado, tan asustado, por sí mismo.

- Por sí mismo.

- Sí.

Silencio.

- ¿Tienes la canción de *Heroes* en el ordenador?

- Sí.

- Déjame ponerla.

- Venga.

Mientras abre y enciende la máquina:

- El otro día dormías y hablé con Sonia.

- Sí, ya me dijo.

- Me gusta.

- Y a mí...

- ¿Dónde está la canción?

- En "mi música". En la carpeta "Heroes".

- La escucho y me voy.

David Bowie.

- Qué gran canción.

- Me encanta el video; sólo un plano de él de pie cantando. Lo más sencillo, pero tiene tanto carisma...

- Bueno, he de irme.

- Hasta otra.

- Oye.

- Dime.

- Me alegro de que estés mejor.

- Gracias.

- Te queda bien la gorra.

- Vete a la mierda.

- Nos vemos.

- Vuelve cuando quieras.

Música nocturna de Madrid

- ¿Sabes qué me gustaría?

- ¿Qué?

- Meter banda sonora en la escritura.

- Suena bien.

- Es lo que más le envidio al cine; el poder utilizar la música como acompañamiento. Igual no estaría mal incluir un disco en la novela con temas seleccionados para el final de cada capítulo.

- Deberías plantearte escribir una novela primero.

- Lo estoy haciendo, de eso quería hablarte. Voy a escribir una novela sobre nuestras conversaciones.

- ¿Y de qué trata?

- De nada. De dos tipos hablando. Sin premisa dramática, sólo dos tipos hablando de sus opiniones sobre el mundo y las cosas.

- Bueno hay que decir que uno de los dos suele dar bastantes más "opiniones sobre las cosas" que el otro.

- Sí, todo está previsto, uno habla más pero el otro tiene más sentido común y lo que dice, sin ser tan rimbombante, será más sabio y más valioso.

- Gracias por lo que me toca. Pero ¿usarán palabras cómo "rimbombante"?

- ¿Por qué no? Yo hablo así, es real.

- Que sea real no quiere decir que sea verosímil. Tú eres real, eso creo al menos, pero no eres verosímil.

- Ya. No te gusta la idea.

- Es que no veo que tienen de interesante nuestras conversaciones. ¿No eres un poco pretencioso?

- No sé, puede ser curioso al menos. Así, sin premisa dramática, dos tipos hablando. Es como acercarse a la vida real, donde el interés lo tienes que poner tú porque no están pasando cosas constantemente.

- Pero yo me estoy tratando un cáncer.

- Ya.

- ¿No consideras eso una premisa dramática?

- Mmm... vaya. Bueno, sí. Aunque quizás podríamos arreglarlo. Podría situar la acción en... en una bolera. Sí, eso está bien: Dos amigos se reúnen en una bolera y charlan de sus cosas mientras juegan a los bolos. En una bolera hay movimiento de todo tipo, aunque a la vez no pasa nada y hay un montón de cosas que describir, y sonidos...

- Pero nosotros no hemos ido a la bolera en nuestra vida. ¿Quién juega a los bolos en esta ciudad? No eres el Gran Lebowski.

- Bueno, ya lo iré pensando. No es lo importante, lo que yo quiero es escribir nuestras conversaciones.

- Pero eso viene a ser un ensayo, no una novela.

- Lo que sea. ¿Por qué te pones tan negativo?

- Es que tus proyectos siempre tienen que ser diferentes, complejos y revolucionarios. Luego nunca los acabas. Empieza por escribir una novela normal o un cuento largo; con sus personajes, sus conflictos y su acción. Ya irás inventando luego.

- No sé, puede que tengas razón. Creo que me divierte más el proyecto que la ejecución. De hecho, lo peor de todo es que creo que me divierte aun más pensar en los resultados del proyecto.

- Por eso ya tienes preparado el discurso que darás cuando te den el Nobel.

- Algo así...

- Contigo el cuento de la lechera adquiere dimensiones épicas.

- Pero no creas que escribo para triunfar ¿eh?

- Menos mal, porque corrías el riesgo de sufrir alguna decepción.

- Creo que me sale solo. A estas alturas ¿Quién sabe por qué hacemos lo que hacemos? Se trabaja para ganar dinero, pero por qué se pinta o se hace música...

- En parte por fama, y por tener éxito con el sexo opuesto.

- Sí, eso también, pero el motivo fundamental sigue siendo un misterio. Yo me siento mal si no escribo, siento remordimientos por no estar haciendo lo que debería hacer. Y no sé por qué, porque ni si quiera creo que llegue nunca a publicar nada.

- Vaya, realmente es importante para ti. Yo quizás debería haber seguido con el dibujo. Disfrutaba, pero llegó un punto en que me desanimó ver que no tenía futuro alguno.

- ¿Qué más da no tener futuro? El primer motivo para ser creativo debería ser simplemente crear y comunicarse. Yo creo que el reconocimiento está sobre todo para ver que hay gente que no piensa que estés haciendo el gilipollas; que es algo que siento a menudo cuando escribo. Bueno, y para poder no trabajar.

- Una motivación fuerte en tu caso.

- A ti no puedo engañarte. Aunque escribir requiere su trabajo.

- Pero no es lo mismo.

- No, no es lo mismo. No hay jefes.

- Ni juegos en los que eliges ser el artista y pierdes.

- Y no sólo eso; mira, es extraño, mientras escribo siento que lo que estoy haciendo tiene sentido. ¿Has visto alguna vez a alguien hacer algo bonito muy bien?

- ¿Cómo qué?

- Como pintar, o como tocar música.

- No se...

- Yo nunca he visto a nadie pintar bien, pero he visto algunos grandes conciertos. Una vez fui a ver a un pianista. Elías daba clases de piano y su profesor le dijo

que venía un tipo muy bueno y que la entrada era gratuita. Llegamos, nos sentamos, y cuando empecé a ojear el programa me puse a temblar; porque era todo música contemporánea de esta ruidosa, dodecafónica o cómo quiera que se llame. Algo que ni me gusta, ni entiendo. Entonces salió el chaval en cuestión: melena y gafas, tenía un par de años menos que nosotros, pero aparentaba ser bastante más joven incluso. Se puso a tocar y simplemente se paró el tiempo. Y no era por las piezas que tocaba, porque era una música muy difícil que ni a mí, ni a la mayoría de gente que estábamos allí, nos llegaba de verdad. Pero sólo cómo movía los dedos aquel chico... cómo tocaba el piano; como si no existiese el error, ni el esfuerzo; era como ver bailar a Fred Astaire en vivo, como si fuese un dibujo animado.

- Pero escribiendo no puedes conseguir eso.

- No, eso no, cada cosa es diferente. Pero se puede conseguir algo análogo. Mira, hay artes que pretenden dejar una obra que dure por siempre; como una pirámide o un retrato de Velázquez. Otras, en cambio, son instantáneas; como el baile o una interpretación musical. Hay artistas que sostienen que lo que importa es la forma o la técnica. Y otros que aseguran que el peso está en el contenido; en la historia y los conceptos que se transmiten. Hay teorías estéticas que defienden el protagonismo de la proporción y la simetría; que se corresponden con el orden universal. Otras atienden al poder de la magnificencia que sobrecoge al individuo. Y también las hay que hablan de la capacidad del arte para desprendernos de la autoconciencia que nos vicia. Y todas estas teorías a menudo se encuentran y se contradicen. Y a lo largo de los siglos ha habido cientos de escuelas y corrientes, y miles de artistas en todas las disciplinas. Y a menudo todos han pretendido que sus creaciones eran las mejores, o que se basaban en los mejores preceptos. La pintura, por ejemplo, en el XIX; el

Realismo y el Impresionismo lucharon contra la presión de los academicistas que consideraban que lo que hacían los modernos era una broma de mal gusto. Pero luego, con el triunfo del Impresionismo primero y de las vanguardias después; se abrió el camino formalista que despreció a la pintura académica creando, en realidad, una nueva academia con todo esto...

- Em, Juli.

- ¿Sí?

- ¿A dónde quieres llegar?

- Ah. Pues... a que yo no sé quién coño tiene razón. Sólo sé que a mí me gustan las cosas más variopintas: me encanta la Creedence Clearwater Revival y la pintura de Gérôme y las películas de los hermanos Coen. Generan sensaciones muy diferentes, pero siempre hay como una bocanada de realidad en ello. Algunos ven un algo religioso, pero yo no, al menos no siempre; *El sueño del caballero* de Pereda tiene algo de religioso, *Manhattan* de Woody Allen, no. Pero, el resto del tiempo, la realidad parece algo liviano, y de vez en cuando, ¡zas!, las cosas parecen tener un poco de sentido, de algún sentido, sereno o violento. Y no sólo es el arte, cuando nieva y voy al Retiro con la música en las orejas... es magia. El chaval de las greñas y las gafas tenía magia en sus dedos y, alguna vez, he sentido magia mientras escribo. Y aunque hablo mucho, no dudo al decirte que no sé nada más que esto: que a veces la magia pasa.

- A veces.

- Sí, algunas veces. Y eso me gusta.

- Pero no es verdadera magia. No sirve para hacer lo que uno quiera.

- Nadie dijo que la magia sirva para cualquier cosa. Supongo que tendrá sus reglas, como casi todo. Aunque, como es habitual también, no tengamos la capacidad de comprender esas reglas.

Pablo sonríe en vez de contestar.

- Te ves muy apacible.

- S , después de haberlo pasado tan mal esos días... me encuentro muy sereno ahora. Creo que tras una experiencia así me es más fácil relativizar.

- Ya... eso está bien.

- Supongo que s .

Pablo se mueve incómodo.

- Últimamente me duele un poco la espalda. Llevo demasiado tiempo en esta cama.

-  nimo.

-  Vas a empezar a escribir hoy?

- Hombre, no s . Aún hay que madurar el proyecto. Faltan cabos por atar.

- Ya...

-  Llamaste a Berta?

- S .

-  Y que tal?

- Maravillosa, como siempre. Va a volver por aquí.

- Bien, bien. Parece que las cosas avanzan.

- Oye.

- Dime.

- Si la conversación de hoy fuese un capítulo de tu novela;  qu  canción le pondrías?

- Tal vez... en vez de una canción le pondría la *Música nocturna de Madrid*, de Bocherini.

-  Cual es esa?  La de "parararar  paaaar  pararara"?

- No, no, hombre es la de: "pararar  parararar  paraaaaaa, parararar  paraaaaaaaaa"

Pablo se une y tararean a coro:

- "Parararar  paraaaaaa, parararar  paaa pararara rarar aaaaaa"

Mientras Pablo sigue tarareando, Julián para, para decir:

- ¿Ves? si esto fuese una película ahora entraría la música.

Vodafone

Pablo marca un número en su teléfono móvil, pulsa un botón y escucha. Al poco:

- Hola ¿Está Julián?

- Bien, espero.

- Hola. ¿Qué pasa?

- Ah, bien, bien. ¿Y le dijiste algo?

- Ya, el momento apropiado.

- No nada, mira... me hicieron unas pruebas. Por el dolor de espalda.

- Bueno, no creo que sea nada. Me encuentro bastante bien. Pero tengo que pasar por quirófano otra vez.

- No, no, nada grave. Dicen que es normal, ya me avisaron que igual pasaba.

- Ya...

- Dentro de tres días.

- Bueno, también puedes venir a verme después.

- No, no, por mí perfecto.

- Le he dicho que espere, que lo aplazamos.

- Porque son sólo tres días, ya la veré después.

- No, no, no te preocupes. Lo único mi madre, se pasa el día aquí. Acaba de bajar a fumarse un cigarro, por eso aprovecho para llamarte.

- Bueno...

- ¿Sí? ¿De verdad?

- Eso está bien. Trabaja duro, cuando seas famoso me llevarás a las fiestas de alta sociedad.

- Jesús... pues iré yo solo a las fiestas con tu invitación.

- Claro, tú escribes y yo aparezco en público. Así nadie te conoce.

- Vale.

- Tú también, loco.

- Adiós.

Mira el teléfono, recuerda el eslogan: "la vida es móvil, móvil es Vodafone".

La espera

- ¿Estás bien?

- Sí, no te preocupes. Y gracias por venir.

- Nada hombre, sabes que no tengo nada mejor que hacer.

- Eso es verdad.

- ¿Será mucho rato?

- No, unas horas. Lo peor es la anestesia. No te preocupes, de verdad.

Julián asiente con la cabeza. Pablo cambia de tema:

- ¿Recuerdas el día que nos conocimos?

- Sí, en el parque.

Pablo se lo piensa un poco, y sigue:

- Me caíste fatal.

- ¿En serio?

- Sí. Te pusiste muy pesado. Hablando sobre *Pulp Fiction* sin parar. Estabas empeñado en repetir una y otra vez, lo increíble que era que mientras iban a matar a gente hablasen de masajes de pies.

- Bueno, es que es realmente increíble; separar la acción del diálogo en una película donde la acción es tan contundente... El efecto que consigue es muy brillante.

- Ya, ya...

- Supongo que no he cambiado nada.

- No, pero está bien. Yo pensé que lo decías para aparentar, no me daba cuenta de que estabas loco de verdad.

- Una vez que comprendes eso, es más fácil lidiar conmigo.

- ¿Tú que pensaste de mí?

- Lo mío es casi peor.

- A ver.

- Pensé que acabarías siendo un proxeneta.

- ¿En serio?

- Sí.

- ¿Pero te caí mal?

- No, no, para nada. Sólo que pensé: "este macarra sin mucho porvenir, es el típico que acaba de chulo de putas. Tiene pinta de chulo de putas."

- ¿Por qué pensaste algo tan extraño?

- No sé, por esa época me preguntaba mucho por qué tipo de gente acababa en oficios raros: como antidisturbios, o pocero...

- O chulo putas.

- Sí. Así que intentaba imaginarme quien cuadraría en esos perfiles y cuando te vi pensé: "tate".

- Joder, me has dejado planchado.

- Oye, pero en seguida vi que no; Eras un tipo inteligente.

- No sé qué decir.

- Bueno, yo te caía mal.

- Sí, pero sólo pensaba que eras un fante; no que en un futuro ibas a vivir de la explotación sexual de otras personas.

- ¿Y qué es peor?

En vez de responder, Pablo mira a Julián arqueando las cejas.

- Está bien, está bien. ¿Pero sabes qué pensé de rafa cuando le vi?

- ¿Qué?

- Dependiente de sex shop.

- Mmm... pues la verdad es que tiene pinta, sí.

- Y ahora hace ya 10 años.

- Joder, es cierto. 10 años. Es todavía una cantidad de tiempo que me parece inverosímil haber vivido con conciencia de ello. Sobre todo desde la adolescencia, todo ha pasado rapidísimo.

- Sí, de repente se forma tu personalidad. Casi se puede decir que no has dejado de cambiar desde niño hasta

la adolescencia. Y sin darte cuenta te vas estabilizando un poco, y todo empieza a pasar muchísimo más rápido.

- Ha habido grandes momentos.

- Claro: el viaje a Marruecos, con el incidente del papel higiénico.

- Cómo olvidarlo. Y las noches en el puente totalmente borrachos, cantando *La Bamba*.

- Hubo una vez, no sé si te acordarás, no fue tan sonada: Fue cuando volvíamos del viaje a Amsterdam, fumábamos un canuto al final del último vagón y nos pusimos a recordar momentos de nuestra amistad, como ahora. Acabábamos de terminar el instituto, íbamos a empezar la carrera y el mundo parecía nuestro. Fue algo sencillo, pero allí; viendo el paisaje y fumando, mientras Rafa y Marcos esperaban en el compartimiento, hablando de los amigos que éramos, en un momento de la vida sin responsabilidades, sin miedos y con todas las esperanzas: creo que nunca he sido tan feliz. ¿Sabes?

- Me acuerdo. Ese viaje fue increíble: en el momento preciso en el que aun nunca me había pasado nada malo y ya había empezado a vivir. Es raro, ya casi no hablamos del pasado. Hace unos años no parábamos. Y, creo que no te lo he dicho, pero ¿sabes? Hace tiempo, no sé cuando, pero antes de la enfermedad, incluso antes de Berta; Empecé a sentir que la vida nunca volvería a ser tan buena como en esos últimos años del instituto.

- Yo también.

- Pero tú siempre estás sumido en tu mundo de escritores, artistas y cineastas.

- Ya, pero es mi refugio, supongo. En realidad creo que siempre ha sido así. Los hombres buscamos en las autoridades de tiempos pasados una perfección que nos falta en el mundo en el que vivimos y que, en realidad, es la perfección de la inocencia de nuestra infancia.

Silencio.

- Bueno, hemos hecho algunos buenos amigos por el camino.

- Sí, claro que sí.

Sonrisas de complicidad.

- ¿Sabes? El otro día me encontré a Marcos, está de camarero en un bar de Lavapiés.

- No me lo habías dicho.

- Bueno, tampoco le di mayor importancia. Me he acordado ahora; hablamos de los viejos tiempos. Estuvo muy majo, la verdad. Antes de irme me presentó a su novia, y me introdujo como el tipo que una vez le había dicho: "el día que no puedas reírte de tus problemas, será un día muy triste".

- No está mal.

- No, no del todo. No recordaba haber dicho eso, me sorprendió.

- ¿Sabes una de las cosas que más me ha desengañado?

- ¿Qué?

- El perder amigos. Tenía tanto cariño y tanta confianza en tanta gente... Era sin duda un error; pero cuando empezaron a pasar todos los feos con Carlos y con Elías y demás... Con todos los amigos que he perdido estos años a menudo tuve yo la culpa; pero simplemente me amargó comprobar que las cosas se podían joder si te descuidabas. Que fiarte de alguien es peligroso y que que se fíen de ti conlleva una responsabilidad. Y luego está la relación con mi familia, que es otra historia. Porque de ellos me podré fiar siempre y ellos de mí. Pero es extraño, porque los miro y creo que no es en absoluto el tipo de gente que me merece confianza. Como si a la hora de querer a alguien y apoyarte en él, fuesen más importantes las convenciones que la persona en si.

- Es raro. Porque pasa incluso con los amigos. Al final tienes tan poca idea de lo que pasa a tu alrededor, que te fías más de quien hace más tiempo que es tu colega. Es el puro ensayo y error: "si éste tipo ha aguantado hasta aquí, será que algo tiene que tener". Y la mayoría de las veces son sólo circunstancias de la vida.

- Bueno, no sólo, también hay malos bichos.

- Sí, demasiados.

- Y lo que está claro es que hay que cuidar a los buenos amigos.

- Claro, con los pocos de los que estás seguro; a muerte con ellos.

- A muerte.

- Por eso quiero verte con Berta. Que dos personas a las que considero mis amigos se junten, no sucede así como así. Créeme, he hecho cábalas.

- Te creo.

- En el futuro, cuando yo sea un escritor sonado, muerto de hambre y solitario, siempre me quedará vuestra casa; Donde no faltará un plato para este pobre viejo. Y vuestros hijos me adorarán, porque conservaré la suficiente inconsciencia para relacionarme de tú a tú con los niños.

- Madre mía, estás fatal. Aun falta tiempo para eso. Por el momento tengo que volver a verla y a partir de allí, ya veremos. Eso si no acabo viviendo de vender su cuerpo.

- ¿Quieres saber que pensé de ella cuando la conocí?

- ¿Qué?

- Granjera.

- La verdad es que tienes ojo, lo cual no habla mucho en mi favor.

- Bueno, tú has cambiado, ahora tienes más aspecto de detective.

- ¿Detective?

- Sí, algo estilo Kojak.

- Pero serás desgraciado, cabrón. ¿Cómo eres capaz de reírte de un enfermo? Desde luego eres la prueba de que la amistad es incomprensible.

- Eso dicen los que me quieren.

- Oye.

- Dime.

- ¿Cómo llamarías a tu libro?

- Bueno, técnicamente lo idóneo es poner el título cuando la obra está acabada. Cuando la ves en su totalidad y puedes sacar de ella su esencia y resumirla en unas pocas palabras. Pero dado que yo ya tengo pensado cómo rechazaré todo contacto con la prensa cuando el libro venda 50.000 ejemplares; he de reconocer que he pensado también un título.

- ¿Y es?

- *La bolera*.

Risas.

- Venga ya.

- No, en serio, creo que se llamaría *La espera*.

- "*La espera*". Me gusta: por un lado es melancólico porque concibe la vida cómo una espera falta de objetivos claros.

- Exacto.

- Pero por otro lado, conociendo tu gusto por la ociosidad y la desidia, tiene un lado dulce. Porque mientras esperas, mientras no tienes nada que hacer, es cuando puedes disfrutar de la vida.

- Joder, exactamente. Qué bien dicho. Incluso he pensado que podría empezar a traerme una grabadora a nuestros encuentros y, además de servirme de material, cuando seamos un hito, las cintas valdrán una pasta.

- Realmente hablas medio en serio ¿verdad?

- Bueno, a menudo hablo en serio pero siendo consciente de que lo que digo le resulta ridículo a la gente. Así que cuento con que se rían.

- Bien, bien... ¿Sabes?

- Qué.

- Me alegro de que el azar halla preservado nuestra amistad.

- Yo también, amigo.

Silencio.

- Me voy a ir yendo ya.

- Vale, ¿te veo en un par de días?

- No sé. Si no estás muy mal, podrías quedar primero con Berta.

- ¿Te ha dicho algo?

- Algo me ha dicho.

- Está bien.

- Bueno, pues eso es todo pues.

- ¿Te das cuenta de que hoy casi no me has hablado de ninguna de tus teorías extrañas relacionadas con productos de la cultura o la subcultura?

- Uy, madre mía. Pues ayer estuve viendo el video del festival de Monterey del 67 y te aseguro que da para rato. Con todos esos hippies con sus pintas absurdas, y sus caras felices, y Jimi Hendrix quemando su guitarra, y Ravi Shankar tocando el sitar, y Janis Joplin cantando como si fuese diferente al resto de seres humanos... dan tantas ganas de haber estado allí.

- Oye, ya me lo cuentas el próximo día. Aun estoy un poco cansado.

- Claro, pero de esta no te libras. Si hubieses visto las chicas que salen... Madre mía.

- Hasta luego.

- Adiós.

Julián llama a la puerta. Le responde una voz pausada.

- ¿Sí? adelante.

Pablo en la cama con oxígeno. A su derecha su padre, a su izquierda su madre. Su hermano calla en una silla en la mesa, junto a la ventana. La madre se levanta. Abraza a Julián, que habla con disculpas:

- Siento haber tardado, se estropeó el autobús en el que iba, tuve que coger un taxi. ¿Qué pasó?

La mujer no puede responder, se vuelve a la vera de Pablo. Se levanta el padre, le mira grave, le da unas palmadas en la espalda:

- Al final... no pudieron.

Y niega con la cabeza. Y todo queda en suspenso. Julián duda si salir de la habitación:

- ¿Quieren algo?

Sólo el padre puede hablar:

- No, no.

Vuelve también junto a Pablo. Cada uno de los cónyuges agarra una de sus manos. Ella le acaricia la cabeza pelona y le dice dulce:

- Cariño, está aquí Julián, ha venido a verte.

Nada parece de verdad. Pablo abre los ojos un poco. El padre gira la cabeza hacia Julián:

- Puedes hablar con él si quieres.

Julián se acerca. Anda sin ser consciente de sus piernas. La cama, Pablo, acercarse a él como un plano con zoom en una película. Se está muriendo de verdad.

- Hola, amigo.

Pablo sonrío un poco. Le cuesta respirar, mirar y le cuesta hablar:

- Hola.

Julián se percata del enorme paquete que lleva consigo bajo el brazo.

- Eh... te he traído esto.

Duda. Lo abre él mismo. Hipopótamos de colores.

- Es el tragabolas.

La respuesta como un suspiro.

- Gracias.

Y Julián siente como sus ojos se hinchan de líquido y revientan en un par de lágrimas. Respira hondo. El padre:

- Cariño.

Y hace un gesto con la cabeza a su mujer. Se levantan.

- Os dejamos solos cinco minutos.

- Bien.

El padre de nuevo, palmadas a Julián. Van los dos hacia la puerta y avisan al hermano, que está muy lejos, en su silla.

- Tono, salimos un rato.

- Sí.

Se levanta también. Se cerró la puerta.

- Espera.

Deja la caja en la mesa. Ahora la mano de Julián es la que sujeta la mano de Pablo.

- Joder, estás horrible.

Pablo se ríe ligerísimamente.

- Lo siento yo... no sé que decir. De verdad, no sé.

De nuevo lágrimas.

- Joder, hacía años que no lloraba. Pensé que ni podía. Ya ves, la vida te da sorpresas.

Pablo le mira y le mira y le mira. Hundido en la cama, la piel pálida y suelta. No llora.

- Dile...

Pablo hablando.

- Dile... a Berta que me he muerto.

Lágrimas de Julián.

- Dile que lo siento.

Y ya no le dirá nada más. Julián asiente con la cabeza y se quedan un rato así, mirándose. Momento extraño, Julián duda. No sabe cuanto podrán soportarlo sus fuerzas, pero, al tiempo, no quiere que acabe. Pero al fin, pasados a penas unos instantes, suelta su mano. Y Pablo:

- Adiós Juli.

- Adiós.

Llorando se acerca a la puerta, pero frente a ella se recompone. Abre, la familia está allí, de pie los tres.

Julián sujeta la puerta. Pasa la madre, le agarra del brazo un momento.

- Adiós, gracias.

- ¿Quiéren algo? De verdad.

- No, no, cariño. Vete a casa. De verdad, vete.

El padre asiente. Al final entra el hermano, le da la mano, no dice nada. Y ya.

- Adiós.

Cierra la puerta. Solo en el pasillo. Un lado, otro. Ahora, salir del hospital. Pero salir del hospital no tiene sentido. Cambios ¿qué cambios? Recuerdos y sueños. ¿Qué mierda pasa? Miedo y esperanza. ¿Qué miedo y esperanza? ¿Moverse? Es tarde, en casa, la familia. ¿Para qué? ¿Qué debemos hacer? ¿Quién entiende nada?

¿Quién entiende nada?

Julián se rehace un poco. Se va a casa.

Changes

Julián llama. No hay respuesta. Abre con cuidado la puerta. Nadie. Sólo la cama, la mesa, el armario, las tres sillas, la mesilla, el teléfono, la tele y el crucifijo. Casi todo blanco. Ya no están los libros, ni el videojuego, ni el despertador, ni el ordenador, ni el cuaderno y el bolígrafo, ni la consola de videojuegos, ni las revistas, ni el Tragabolas, ni Pablo. Se sienta en la cama, mira por la ventana. En la calle la gente se mueve. La gente se mueve fuera, en la habitación ya no está Pablo. ¿Cómo es posible que fuera la gente se siga moviendo? Pablo ya no está, no está en ningún sitio. Pero la gente se sigue moviendo, es un día más, él se mueve y ha venido a la habitación, como otro día. Entonces Pablo debería estar en algún sitio. No aquí, quizás en otro lugar. ¿No? No.

Sentado en silencio. Imposible recordar cuando fue la última vez que le había sido tan fácil no pensar cómo ahora. Nunca. Una bocanada de realidad, de realidad sin magia. Pasan 493 segundos. Alguien abre la puerta.

- Hola.

- Hola.

- ¿Qué haces aquí?

Es una monja. De unos 493 años.

- Nada. Mire, eh... murió un amigo hace poco. Esta era su habitación... vine a estar un rato.

La monja calla.

- Ya, bueno. Mira, en teoría no se puede estar aquí así. Yo dejo la puerta abierta y no te quedas mucho.

Julián se vuelve. La mira.

- Gracias.

- De nada, hijo.

Y al rato, entra Sonia.

- Hola.

- Hola.

- ¿Estás bien?

- No lo sé.

Julián agacha la cabeza. Sonia, duda y decide. Se sienta a su lado.

- Ánimo.

Julián le dedica una sonrisa triste. Coge la mochila a sus pies, la abre. Saca el aparato de música, el adaptador y los dos pares de cascos. Lo conecta todo. Enciende el reproductor y le ofrece el par bueno a Sonia, que se extraña un poco.

- ¿Quieres escuchar una canción?

- Vale.

- ¿Entiendes el inglés?

- Sí.

- Bien.

Busca: David Bowie: *Changes*. Suena la canción.

Silencio.

A mi abuela M^a Teresa y a Arregui; que me descubrieron el miedo a perder a alguien querido que es, al tiempo, miedo a perder un pedazo de uno mismo.

